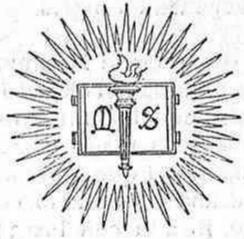


Ilustración Artística



Artística

AÑO XXII

← BARCELONA 7 DE SEPTIEMBRE DE 1903 →

NÚM. 1.132



LA ESPINA, cuadro de H. C. Preston Macgoun



Texto. - *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. - *Hierba Santa*, por R. del Valle-Inclán, ilustrado por Mas y Fondevila. - *La Petenera*, por P. Sañudo Aufrán. - *Fabricación de papel en el Japón*, por Justo Brinckmann. - *La loca*, por F. González Díaz. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *Por el amor*, novela original de Pablo Bertnay, con ilustraciones de Marchetti (continuación). - *Aparato conformador del cuerpo*, por G. Mareschal. - *Precauciones contra los peligros de la electricidad.* - *La rueda del diablo*, por W. Drancourt.

Grabados. - *La espina*, cuadro de H. C. Preston Macgoun. - *La Ciencia*, escultura de Manuel Fuxá. - Seis grabados que ilustran el artículo *Fabricación de papel en el Japón.* - *Pío X*, de fotografía de G. Ferretti, de Treviso. - *Lord Salisbury.* - *Conformador Demyen dispuesto para tomar la sección ó el perfil vertical del cuerpo y para tomar la sección horizontal del pecho.* - *La rueda del diablo.* - *En el yate*, cuadro de Pablo Helleu. - *Hojas secas*, cuadro de J. Armet.

REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: la isla de Pinos y las estaciones navales yanquis: la nómina del ejército revolucionario: insurrectos en el Cauto: peligros de la intervención. - **Guatemala:** proyecto de reforma constitucional. - **El Salvador:** las escuelas profesionales. - **Perú:** los partidos políticos: la cuestión de Tacna y Arica. - **República Argentina:** convocatoria de una convención nacional.

El 2 de julio, D. José M. García Montes, secretario de Hacienda de la República Cubana, y el señor G. Squiers, ministro plenipotenciario del gobierno de Washington en la Habana, firmaron en esta ciudad los dos tratados referentes á la propiedad de la isla de Pinos y á las estaciones navales que Cuba concedió á los Estados Unidos por convenios de 16 y 23 de febrero de 1903, en cumplimiento de lo que preceptuaba el artículo 7.º del Apéndice á la Constitución cubana.

Según uno de los artículos de la ley de relaciones entre los Estados Unidos y Cuba, artículo que se incluyó en el citado Apéndice, la isla de Pinos quedaba fuera de los límites de Cuba propuestos por la Constitución, y en posterior tratado habría de fijarse á quién pertenecía. Ahora los yanquis, en consideración á la concesión de estaciones navales, renuncian á favor de la República Cubana toda reclamación que acerca del derecho á la isla de Pinos se haya hecho ó hiciera en virtud de los artículos 1.º y 2.º del tratado de paz que impusieron á España en 1898.

Las estaciones navales y carboneras que, como se ha dicho, cedió Cuba á los Estados Unidos, son las de Guantánamo y Bahía Honda, y en el segundo de los tratados á que nos referimos se determinan las condiciones de arrendamiento de las áreas de terreno y agua necesarias para establecerlas. Los yanquis pagarán á la República de Cuba 2.000 pesos oro anuales. Todos los terrenos de propiedad particular y otros bienes inmuebles comprendidos en dichas áreas serán adquiridos sin demora por la República de Cuba. Los Estados Unidos convienen en suministrar á Cuba las cantidades necesarias para la compra de dichos terrenos y bienes de propiedad particular, y la República de Cuba aceptará dichas cantidades como pago adelantado á cuenta de la renta debida en virtud de este convenio. Dichas áreas serán deslindadas y sus linderos marcados con precisión por medio de cercas ó vallados permanentes. Los gastos de construcción y conservación de estas cercas ó vallados serán sufragados por los Estados Unidos. No se permitirá á persona, sociedad ó asociación alguna establecer ó ejercer empresas comerciales, industriales ó de otra clase dentro de esas áreas. Los demás artículos del tratado se refieren al régimen aduanero, sanitario y de policía, y á la extradición de criminales sujetos á la jurisdicción de las leyes cubanas, refugiados en las concesiones, y de los que cometieren delito ó falta en ellas y huyan á territorio de Cuba.

Los tales tratados no han satisfecho completamente á los cubanos. Los Estados Unidos renuncian á sus pretensiones sobre la isla de Pinos á cambio de la concesión de las estaciones, con lo que, de

modo implícito, se declara y reconoce que dicha isla les pertenecía ó que tenían derecho á ella, lo cual no es cierto. Dicese además que el presidente Estrada ha accedido á varias exigencias de los yanquis, entre otras, que el alcalde de Pinos sea persona grata á aquéllos y que haya escuelas primarias en que se dé la enseñanza en inglés.

La comisión, que preside Máximo Gómez, encargada de hacer la nómina del ejército revolucionario, ha incluido (contando los muertos) algo más de 50.000 individuos, y ha fijado entre 45 y 52 millones de pesos la cantidad que se les adeuda. El acreedor de más importancia es Massó, con 21.000 pesos. Por consiguiente, ni aun con los 35 millones íntegros del empréstito hay suficiente para pagar á todos. Hasta ahora - y aunque hay quienes así lo aconsejan - no parece que el gobierno cubano piense en tomar ejemplo de los famosos cortes de cuentas á que apeló España en casos análogos. Tal vez sería la solución ir pagando á generales y otros acreedores de influencia y prestigio, y dar largas á la obligación respecto de los demás, con lo que vendría á crearse en la isla una clase infeliz y miserable, análoga á la de nuestros pobres repatriados. Mas falta saber si aquéllos serían tan sufridos como éstos. Lo cierto es que ya amenazan, y pruébalo el conato de insurrección en el Cauto.

A fines de julio se alzaron en armas unos sesenta hombres, según parte oficial del gobierno; más, según otras referencias. Se proponían obtener por la fuerza el pago de los haberes adeudados al ejército. Hubo gran alarma, y aun se dijo que los rebeldes contaban con auxiliares en otras comarcas y que tendían á destituir al presidente. Se censura á Estrada porque muchos de los que nada hicieron para libertar á Cuba obtienen pingües destinos, y los que vertieron su sangre en los campos de batalla perecen de hambre.

Muy mal síntoma: ¡el destino público, el sueldo del Estado como suprema aspiración de los ciudadanos, como bandera de revolución y de combate!

La partida ó partidas del Cauto fueron deshechas; pero si el movimiento insurreccional se renueva y persiste, habrá lugar á la intervención yanqui, según la enmienda Platt, y esa intervención podrá ser la ruina de la República cubana, no, por cierto, con provecho para los interventores, que se expondrían á sufrir fracasos militares y sobre todo económicos muy considerables, si la mayoría de los cubanos rechazaran su dominación.

Conviene más á los yanquis una Cuba libre, pacífica y próspera, que una Cuba poseída por la fuerza de las armas, pero rebelde, yermas sus tierras y entregada á todos los azares de la guerra.

* *

La Asamblea nacional de Guatemala acordó en 30 de mayo último, por unanimidad, convocar una Asamblea constituyente para la reforma del artículo 66 de la ley fundamental, que prohíbe la reelección del presidente de la República.

Trátase, pues, de reelegir al Sr. Estrada Cabrera, quien, según el diputado D. Joaquín Méndez, que apoyó la proposición, durante su breve gobierno ha demostrado grandes dotes de estadista, fomentando la instrucción pública y la agricultura, creando verdadero espíritu público en el interior y afirmando el crédito de la República en el exterior.

En términos generales, mediante la modificación propuesta, Guatemala podrá proceder como México y otras Repúblicas, manteniendo al frente del gobierno á hombres eminentes por su patriotismo y por su acierto en el difícil arte de regir pueblos.

* *

En el Salvador, por decreto de 13 de junio, se reformó la enseñanza superior. Se ha suprimido el Consejo de Instrucción pública y el Rectorado de la Universidad Nacional, y se crean las siguientes facultades, con el carácter de Escuelas profesionales: Jurisprudencia; Medicina, Farmacia y Cirugía dental; Ingeniería, anexa á la Escuela Politécnica. Cada facultad tendrá su junta directiva, cuyos vocales serán nombrados por el poder ejecutivo hasta que se promulgue la ley orgánica de Instrucción pública, y después por los profesores de cada facultad, en votación nominal. En la facultad de Medicina y Farmacia se admitirán señoras y señoritas.

* *

Viene observándose en el Perú la tendencia á formar nuevos partidos políticos mediante fusión de

los varios que hoy existen, y no con el fin concreto de imponer determinadas candidaturas para el gobierno, como se hizo en las últimas elecciones presidenciales, sino para conseguir predominio en la opinión y en las Cámaras, y realizar así, por medios legales, las aspiraciones en que, en lo fundamental, convienen unos y otros. La Unión nacional, la Unión cívica, el partido civilista, los constitucionales, los demócratas, los federales, pueden prescindir de los principios de orden secundario que los separan, y constituirse en agrupaciones de verdadera importancia y fuerza, con lo que habría de normalizarse, seguramente, la vida política del país.

Algunos de esos partidos son disidencias, desprendimientos de otros, sin base propia de doctrina, y muy beneficioso sería que los afines se concertaran, bajo la idea común y capital en que todos se suman.

En el mensaje leído por el presidente Romáña ante el Congreso el 29 de julio último se aludió á las cuestiones pendientes con Bolivia y con Chile. Como ya indicamos, el gobierno argentino decidirá, en concepto de árbitro, el litigio de frontera con Bolivia. Respecto de Chile, Tacna y Arica continúan en el mismo estado, y nada nuevo podemos consignar, como no sea la opinión de un estadista chileno, el Sr. Walker Martínez, ex ministro y jefe del partido conservador, para quien las tales provincias no valen la pena de que dos pueblos discutan acerca de su soberanía en ellas. La posesión ha de ser onerosa para la República á la que definitivamente se adjudiquen; su valor económico es escaso, y aún han perdido más en estos últimos años, porque casi todo el tráfico entre la costa del Pacífico y Bolivia ha de hacerse por los ferrocarriles de Mollendo-Puno, vía peruana, al Norte de Tacna, y Antofagasta-Oruro, vía chilena, muy al Sur de Arica.

* *

En el próximo año de 1904 empezará en la República Argentina nuevo período presidencial. Los ciudadanos de mayor significación en la política se preparan ya para tan solemne y trascendental acontecimiento, y entre los actos realizados con ese fin tiene importancia suma el acuerdo de convocar una gran convención nacional, destinada á escoger y recomendar á los electores la candidatura que se crea más conveniente para el país.

Podrán formar parte de la Convención los ex presidentes y ex vicepresidentes de la República, ex ministros del Poder Ejecutivo y de la Suprema corte federal, ex jueces federales de sección, ex ministros plenipotenciarios, ex senadores y ex diputados del Congreso Nacional, ex diputados de las convenciones de carácter constituyente, ex gobernadores de provincia, oficiales generales del ejército y armada, arzobispos y obispos, rectores, ex rectores, académicos y profesores de las universidades nacionales, presidentes y directores de centros, sociedades y bancos comerciales, industriales y rurales.

La Convención se reunirá el día 12 de octubre próximo. Forman la comisión ejecutiva organizadora los doctores Carlos Pellegrini, Juan José Romero, Manuel Quintana, Felipe Yofre, Benito Villanueva, Roque Sáenz y José Figueroa.

El propósito de los iniciadores - que pertenecen á distintas agrupaciones políticas - se declara en el manifiesto dirigido al pueblo argentino. Quieren atraer á todos los elementos representativos de la opinión del país, abstracción hecha de simpatías y afinidades personales, con el fin de hallar fórmula presidencial que encarne las aspiraciones generales, sea garantía sólida de bien público y satisfaga á los legítimos anhelos del progreso institucional y político de la República. Quieren un gobierno amplio, de todos y para todos, no un gobierno de partido, y por esto solicitan el concurso de los hombres de mayor experiencia política y administrativa y de los que representan la riqueza nacional en sus varias manifestaciones.

El documento á que nos referimos puede también considerarse como programa de gobierno. El nuevo presidente deberá procurar en primer término y sobre todo fomentar la inmigración, poblar y colonizar los extensos territorios aún no explotados; además, reducir los gastos públicos, cumplir exacta y fielmente las leyes sobre la inversión y aplicación de los caudales del Estado, equilibrar los presupuestos, conseguir la estabilidad monetaria, perfeccionar el régimen aduanero y mejorar los servicios de la administración de justicia.

La suerte, pues, de la República Argentina depende del acierto que tengan los convencionales, primero, y el país, después, en la designación de presidente.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



En la mano traía un manojo de hierbas

HIERBA SANTA

(MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMIN)

... Grandes aldabadas sonaron en el silencio de la noche. Era el mayordomo de mi madre que venía buscándome. Manteníase ante la puerta jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué desde la ventana:

- ¿Ocurre algo, Briones?
- La señora que está enferma...

Bajé presuroso sin cerrar la ventana que una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llegó el mayordomo aún brillaban algunas estrellas en el cielo: cuando partimos oí cantar los gallos de la aldea. De todas suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Había nueve leguas de jornada, y malos caminos de herradura, transponiendo monte. El mayordomo era un viejo aldeano, que llevaba capa de juncos con capucha, y madreñas. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la aldea de San Clodio, acosados por el ladrido de los perros que vigilaban en las eras, atados bajo los hórreos. Cuando salimos al campo, empezaba la claridad del alba. Vi en lontananza unas lomas yermas y tristes, veladas por la niebla. Transpuestas aquellas, vi otras, y después otras. El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía: no acababan nunca. Todo el camino era así.

A lo lejos, por la Puente del Prior, desfilaba una recua madrugadora, y el arriero, sentado á mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba á usanza de Castilla. El sol empezaba á dorar las cumbres de los montes: rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y sobre verde fondo de praderas, allá en el dominio de un Pazo, larga bandada de palomas volaba sobre la torre señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios á la puerta. Salieron dos perros flacos que ahuyentó el mayordomo, y después

una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

- ¡Ave María Purísima!
La mujer contestó:
- ¡Sin pecado concebida!

Era una pobre aldeana llena de caridad. Nos vió ateridos de frío, vió el cielo encapotado con torba amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalaria y humilde.

- Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen si son caminantes!.. ¡Ay!.. ¡Qué tiempo!, toda la siembra anega. ¡Mal año nos aguarda!..

Apenas entramos, el mayordomo volvió á salir con las alforjas. Yo me acerqué al hogar, donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo, y trajo un brazado de jara verde y mojada, que empezó á dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las losas del umbral blancas de harina, golpeaba sin tregua. La voz de un viejo que entonaba un cantar, y la rueda del molino, resonaban detrás. Volvió el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombro.

- Aquí viene el yantar. La señora se levantó para disponerlo todo por sus manos... Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Luego cerrárase á llover, y no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde.

- Pondré una trébede al fuego, si acaso les place calentar la vianda.

Puso la trébede, y el mayordomo comenzó á vaciar las alforjas: sacó una gran servilleta adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo entretanto me salí á la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia que ondulaba en las ráfagas del aire. El mayordomo se acercó respetuoso y familiar á la vez:

- Cuando á vucencia bien le parezca... ¡Dígole que tiene un rico yantar!..

Entré de nuevo en la cocina, y me senté cerca del fuego. No quise comer y mandé al mayordomo

que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas, y me ofreció el vino rojo y alegre que daban las viñas del Palacio, en uno de aquellos pequeños vasos de plata que nuestros abuelos mandaban labrar con los soles del Perú. - ¡Un vaso por cada soll! - Apuré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salíme otra vez á la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y á la molinera que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba dentro. Le llamó á voces:

- ¡Padre! ¡Mi padre!..

Apareció blanco de harina, la montera derribada sobre un lado, y el cantar en los labios. Era un abuelo con ojos bailadores y guedejas de plata: alegre y picaresco como un libro de antiguos decires. Arrimaron al hogar toscos escabeles ahumados, y entre un coro de bendiciones sentáronse á comer. Los dos perros flacos vagaban en torno. Fué un festín donde todo lo había previsto el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas manos pálidas y temblorosas que yo amaba tanto, servían la mesa de los humildes como las manos ungidas de las santas princesas! Al probarse el vino, el viejo molinero se levantó murmurando:

- ¡A la salud del buen caballero que nos lo da!.. De hoy en muchos años torne á catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la molinera y el mayordomo, todos con igual ceremonia. Mientras comían, yo les oía hablar en voz baja. Preguntaba el molinero adónde nos encaminábamos, y el mayordomo respondía que al palacio de Bradomin. El molinero conocía aquel camino; pagaba un foro antiguo á la señora del Palacio: un foro de dos ovejas, siete ferrados de trigo y siete de centeno. El año anterior, como la sequía fuera tan grande, perdonárale todo el fruto: era una señora que se compadecía del pobre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando caer la lluvia, les oía emocionado y complacido. Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en torno del hogar,

en medio del humo. Entonces bajaban la voz, y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

— Si á vucencia le parece, echaremos un pienso á las mulas, y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso á barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones, con un musitar de rezo:

— ¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegue al palacio tenga una grande alegría!.. ¡Quiera Dios que se encuentre sana á la señora y con los colores de una rosa!..

Dando vueltas en torno del hogar la molinera repetía monótonamente:

— ¡Así la encuentre como una rosa en su rosal!

Aprovechando un claro del tiempo, entró el mayordomo á recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas, y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta á vernos partir:

— ¡Vaya muy dichoso el noble caballero!.. ¡Que Nuestro Señor le acompañe!..

Cuando estuvimos á caballo salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia, que comenzaba de nuevo, y se llegó á mí llena de misterio. Así arrebujada, parecía una sombra milenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de hierbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

— ¡Cuando se halle con la señora mi condesa, póngale, sin que ella le vea, estas hierbas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como los ruisiñores, todas quieren volar. Los ruisiñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco á poco...

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió á dejar caer. Acercóse sonriendo el viejo molinero y apartó á su hija sobre un lado del camino, para dejarle paso á mi mula.

— No haga caso, señor. ¡La pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojo de hierbas mojadas por la lluvia. Las hierbas olorosas, llenas de santidad, que curan la añoranza de las almas, y los males de los rebaños, que aumentan las virtudes familiares y las cosechas. ¡Ay!.. ¡Qué poco tardaron en florecer sobre la sepultura de mi madre, en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Bradomín!..

R. DEL VALLE-INCLÁN.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA PETENERA

Hay un canto en Andalucía, sentido, original, con algo de melancólico y mucho de expresivo, que se llama la petenera.

En aquel país de flores y de mujeres bonitas, de ricos vinos y de ingeniosas ocurrencias, la petenera es la nota característica de las alegres fiestas andaluzas. El que haya visitado Sevilla con su Giralda, su Alcázar y su Torre del Oro; Córdoba con su Mezquita y su Serranía; Granada con su vega y su Alhambra; Jerez con sus bodegas y sus yeguas; Cádiz con sus bellos paseos, sus calles aseadas, sus casas blancas como copos de nieve; Málaga con sus moscateles y con sus pasas; Almería y Huelva con sus

minas; Sanlúcar con su playa y su manzanilla; la Isla de San Fernando con sus salinas; las poblaciones todas de Andalucía con aquel cielo tan azul y tan puro que recuerda el de América, con aquellas mujeres de ardiente mirada, cabello negro, cutis suave, rasgados ojos y pie menudo; quien haya visto aquel país habrá sentido más de una vez un extraño estremecimiento al oír los cantos característicos de la que llaman *Tierra de María Santísima*.

En una ocasión, cuando al mediar la noche de un día de verano, atravesaba yo las calles de Sevilla buscando en el puente que va á Triana el fresco de

el insomnio que por la pesadez del calor, me obligó á buscar el hotel en donde á la sazón me hospedaba, y me metí en la cama bajo la impresión de aquella canción y de aquella encantadora mujer, como la fantástica creación de un poeta, contemplada entre una luz de plata, unas flores hermosas y unas notas sentidas.

Pasó el tiempo, que todo pasa, hasta el dolor y la agonía, y pasó un año. Salía de la Alhambra de Granada. Iba pensando en la era de grandezas que empezó para España desde que se hizo dueña del último baluarte de los moros, y entré por una calle cuyo nombre no recuerdo, tan abstraído estaba en los panoramas de mi fantasía, y los ayes y los sollozos y la siniestra luz que salían de una ventana baja, de par en par abierta, me sacaron de mis febriles meditaciones.

Como por un resorte movido, me acerqué allí con una inexplicable inquietud, apartando inmediatamente la vista del tétrico cuadro que contemplé lleno de pena.

La mujer de la petenera, la de las rosas, la de los ojos y el cabello negro, que había yo visto en Sevilla, yacía, con el sello que marca la muerte en los rostros, en un estrecho ataúd cubierto de flores y regado por las lágrimas de dos mujeres y de un hombre que salió de pronto de aquella casa y como trastornado por una dolorosa y profunda emoción.

El interés pudo en mí más que otro miramiento cualquiera, y deteniendo al hombre mozo de pocos años, le pedí informes de la muerta.

El joven, á impulsos de esa corriente del momento que nos hace comunicativos en las grandes desgracias con las personas que se interesan por lo que adoramos, me contó una historia de amor en unos cuantos sollozos y algunas palabras.

Aquella mujer que había cerrado por siempre los ojos á la luz del día, bajo el tupido velo de sus largas y espesas pestañas, había sido juguete de un hombre por quien sentía una adoración parecida á la que ella profesaba á la Virgen del Carmen, de cuyo hábito estaba amortajada.

Le pasó lo que á tantas y lo que á tantos: fué engañada. El ídolo de su corazón le mintió un cariño que sentía por otra á la que se unió para siempre.

Soledad, que así se llamaba la *cantaora* de la petenera que escuché en Sevilla, abandonó esta ciudad en seguimiento de su novio y se dirigió á Granada.

Su viaje fué inútil. Su novio se casó al poco tiempo con una labradora de la vega, y Soledad, muerta de pena, se murió al fin y al cabo realmente de un mal contra el que nada pudo hacer la ciencia médica.

El joven por quien todo lo supe era un amante desdeñado de Soledad.

Se separó de mí como presa de una enajenación mental, estrechando mi mano contra las suyas.

Corrí tras él temiendo por su razón, y al doblar la esquina me cerró el paso un cortejo fúnebre.

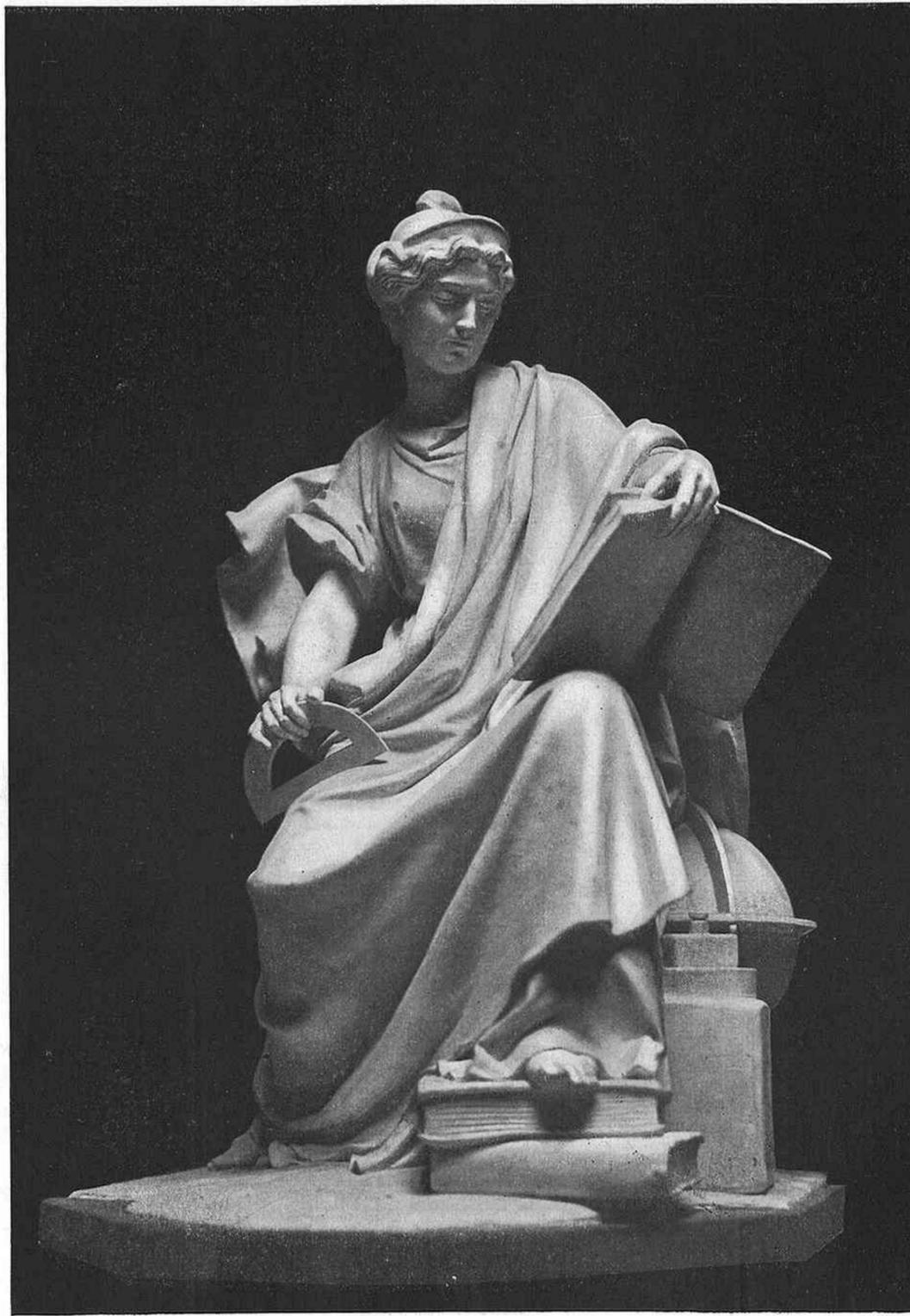
Era el entierro de Soledad.

En aquellos momentos pasaba el féretro por la casa de la mujer de su antiguo amante, en donde con risas y algazara se celebraba el bautizo del primer hijo de aquel matrimonio, y entre el ruido que hacían al chocar las copas de vino, se oyó al compás de una guitarra una petenera que decía así:

«Cuando tú me hayas matado,
cuando yo no exista ya,
cantándome peteneras
que me lleven á enterrar.»

Aprendí la copla de memoria y la fisonomía de aquella mujer que no se me borrará del corazón.

Seguí mi camino, y después de haber dado algunas vueltas por aquel barrio, el cuerpo, más fatigado por



La Ciencia, escultura de Manuel Fuxá

que era imposible disfrutar en el centro de la ciudad; al pasar ante una de las casas del clásico barrio de la gente de rompe y rasga, una voz dulce, bellísima, que algo tenía de la de los ángeles, llegó á mis oídos como una vibración de los sentimientos del alma.

La curiosidad me movió á acercarme hacia donde salía la voz.

A merced de la luna que por entero bañaba la cara de una mujer hermosa, vi unos ojos tan negros como las sombras de una oscura noche.

Eran los de la *cantaora* de la copla. Llevaba unas fragantes rosas en la cabeza y con sus dedos rasgueaba las cuerdas de una guitarra.

De sus labios continuó brotando la armonía de antes y pude escuchar muy distintamente esta petenera:

«Cuando tú me hayas matado,
cuando yo no exista ya,
cantándome peteneras
que me lleven á enterrar.»

Aprendí la copla de memoria y la fisonomía de aquella mujer que no se me borrará del corazón.

Seguí mi camino, y después de haber dado algunas vueltas por aquel barrio, el cuerpo, más fatigado por

P. SAÑUDO AUTRÁN.

FABRICACIÓN DE PAPEL EN EL JAPÓN

Hace dos siglos, cuando China contaba ya en su historia con una civilización varias veces secular, el archipiélago japonés permanecía aún envuelto en las tinieblas de una prehistoria que apenas conocemos por algunos descubrimientos realizados en antiguas sepulturas. No existiendo entonces todavía un tráfico directo entre China y Japón, Corea, cuya civilización es un vástago de la civilización china, sirvió de puente por donde ésta pudo llegar hasta el pueblo japonés; así, gracias á la mediación de los coreanos, recibieron los japoneses la religión budista, originaria de la India, la escritura y la ciencia chinas, la pintura, la fundición del bronce y multitud de artes técnicas, entre ellas la preparación del papel.

En el siglo xv de nuestra era, Corea había alcanzado tal grado de adelanto, que allí, mucho antes que en Alemania, se imprimieron libros con caracteres metálicos móviles; y á fines del siglo xvi aquella península ejerció una gran influencia, cuyas huellas se observan todavía, sobre la alfarería artística japonesa. Pero mientras la civilización de los coreanos se fué extinguiendo, los gérmenes que desde Corea fueron transplantados en el Japón hallaron terreno abonado en este pueblo de tan felices disposiciones dotado y cobraron nueva vida en este suelo colmado de los mayores dones por la naturaleza. Lo que hoy podemos y debemos aprender en el arte japonés lo ignoran únicamente aquellos que no han tenido ocasión de contemplar lo que en ese arte se encierra. Por otra parte, muchas de las cosas que á dicho arte envidiamos son para nosotros inasequibles, unas por ser hijas de una educación nacional de muchos siglos, otras porque su grado de perfección es debido á los productos naturales del

dolos como se hacía también antiguamente entre nosotros con los trapos de hilo, antes de que las labores á mano fuesen substituídas por las máquinas.

más intensamente y con una mayor división del trabajo, la fabricación del papel se mantiene fiel, con algunas pocas excepciones, á la tradición. Los gra-



Fig. 1. - Plantación de kodzús, árbol de cuya corteza se extrae en el Japón la primera materia para el papel



Fig. 2. - Monda de la corteza del kodzú

Desde que el Japón renunció á su aislamiento económico, abriendo sus puertos al comercio universal y asimilándose las ventajas y los inconvenientes de la civilización occidental, las fábricas y las máquinas han relegado á segundo término las labores manuales, y para amoldarse á las necesidades del periodismo moderno, allí muy desarrollado, se fabrica hoy en día ese papel continuo cuyos inmensos rollos devoran las rotativas de la prensa diaria.

Pero de todos modos, la fabricación del papel continúa siendo principalmente una pequeña industria, mejor dicho, una industria por regla general doméstica que se ejerce en millares de viviendas, provistas cada una de ellas de unas pocas tinajas. Y no hace aún veinte años, en tiempo de Rein, á quien debemos tan importantes datos acerca de la industria japonesa, los labradores se dedicaban á la fabricación del papel temporalmente, como ocupación accesoria de su modo de vida, es decir, en las épocas en que las faenas agrícolas no exigían el trabajo de sus brazos.

Sin embargo del cambio radical ocurrido en el pueblo japonés de algunos años á esta parte, una de cuyas consecuencias ha sido la industria ejercida

bados que en esta y en la siguiente páginas publicamos representan las distintas operaciones de la industria papelera tal como aun hoy en día se practica. En uno de ellos vemos los arbustos del kodzú (nombre japonés de la morera del papel), la más importante de las seis plantas que suministran la primera materia del papel de tina. Después de la caída de las hojas, ha llegado á su completa sazón la corteza de los troncos del kodzú, que tienen algunos metros de largo; ha terminado la recolección del arroz y de los demás frutos de la tierra, y las activas manos, que se han de emplear en la faena por cuenta de un empresario, han comenzado ya su trabajo cortando los retoños de un metro aproximadamente de longitud y atándolos en pequeñas haces (fig. 1.)

El kodzú, que se planta en vástagos y que raras veces llega á tener la corpulencia de un árbol, crece á lo largo de los caminos, en las vertientes de las montañas, junto á los ríos y en campos.

Para que la corteza se desprenda fácilmente se pone en maceración en agua caliente, en la que se echa un poco de ceniza, y luego se monda como indica el grabado número 2. Una vez separada de la



Fig. 3. - Batido de la pasta

país, de que nuestros territorios carecen. Del mismo modo que el arte japonés de la laca está íntimamente enlazado, desde el punto de vista técnico, con la primera materia que el árbol productor de aquella substancia proporciona, la industria del papel se basa en aquel país en las incomparables primeras materias que aquel suelo les ofrece en la albura de varias plantas, especialmente de la morera del papel.

Mas no son sólo debidas á estas primeras materias las ventajas que el papel japonés tiene sobre nuestro papel de máquina ó el de trapo hecho á mano, sino que se deben además á los procedimientos empleados para la transformación de la albura de aquellos árboles, procedimientos que no deshacen ni trituran las largas células de la misma, sino que las ablandan y separan machacándolas y batién-

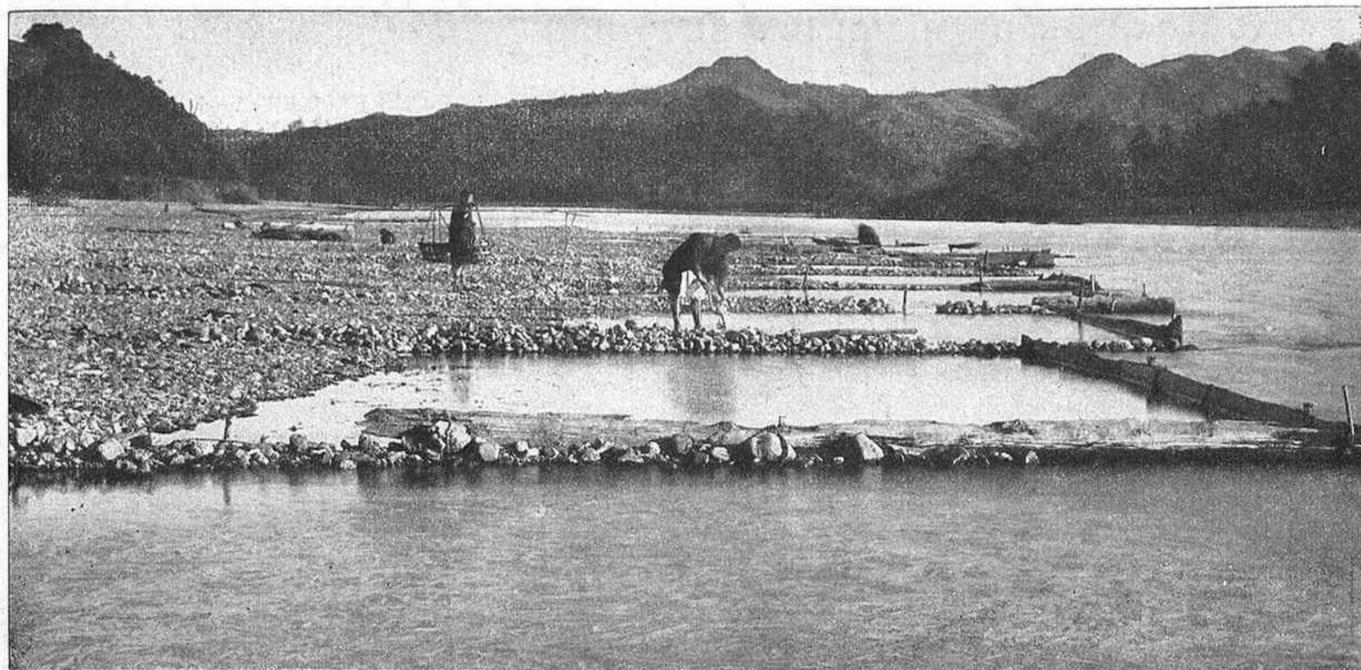


Fig. 4. - Lavado de la pasta en agua corriente

madera, se lava la corteza en agua corriente (fig. 4), se cuece lentamente en un caldero de hierro con una lejía de ceniza y se vuelve á lavar en agua fría. La materia así obtenida se machaca sobre gruesas planchas con batidores de forma cilíndrica ó con martillos de madera, añadiéndole con frecuencia agua y revolviéndola bien hasta convertirla en una masa homogénea, pastosa y fibrosa. En esta operación (fig. 3) intervienen hombres, mujeres y niños.

Esta pasta pasa á manos del papelerero, que procede como los nuestros en la fabricación del papel de tina, si bien en vez de mezclar con aquélla, además del agua necesaria, cola animal, mezcla una goma vegetal que extrae de la raíz de una especie de malvavisco. Con ayuda de un cedazo rectangular formado por una armazón de cuatro maderos con varios bambúes delgados, dispuestos paralelamente y unidos por medio de hilos, saca de la tina la cantidad de pasta necesaria, según las dimensiones de la hoja de papel que haya de fabricar (fig. 6), y una vez escurrida el agua, se sacan las hojas y se disponen en capas para la primera secadura; después se cepillan con un cepillo fino sobre planchas perfectamente lisas y se las pone de nuevo á secar al sol.

Cuando las hojas están completamente secas, se disponen en cuadernillos y en resmas, operación que ejecutan mujeres y muchachas (fig. 5).

Las excelencias de este papel japonés explican su aplicación para muchas cosas para las cuales nuestro papel no serviría. Entre otras cosas, empléase allí en substitución de los vidrios de las ventanas, cuya fabricación han ignorado por completo los japoneses hasta hace muy poco tiempo: las hojas de papel pegadas sobre delicadas armazones dejan penetrar en la cerrada estancia una luz suave, y si el papel se rompe y no se tiene á mano otra hoja con que substituirlo, se pega en la raja la silueta de una rama y se hace uno la ilusión de que es la sombra de un árbol que crece en la parte de afuera, pues nadie como los japoneses saben hacer de la necesidad virtud, aun en las cosas más insignificantes.

Innumerables son las aplicaciones del papel en la economía doméstica y en el vestido: arrollado á modo de cordel, tiene una resistencia sorprendente; dorado y cortado en

delgadas tiras, lo utilizan los tejedores, y á él deben los brocados de oro japoneses su brillantez suave y aquella flexibilidad que los áureos hilos de Chipre daban á nuestros tejidos medioevales de seda y oro, y los bordadores lo emplean, envolviendo en él el hilo, para esos bordados incomparables muy superiores á los que la industria de exportación produce.

El papel japonés está íntimamente enlazado con las artes de la escritura y de la pintura japonesas, que se sirven siempre del pincel suave aun en aquellos casos en que nosotros empleamos la pluma ó el lápiz duro. La rapidez con que este papel absorbe la humedad de la tinta permite que el pincel se mueva sobre la superficie del mismo con una ligereza muy superior á la de los instrumentos por nosotros empleados. Para ejecutar grabados en madera destinados á la imprenta, no necesita el artista dibujar previamente y en forma inversa en la plancha; se limita á trazar en una hoja del más delgado papel de kodzú su dibujo, que, por la facilidad de absorción de la tinta, aparece también en el reverso, y pegando la hoja dibujada sobre la madera por el anverso, puede fácilmente seguir con el buril las líneas trazadas.

La blancura ebúrnea del papel en que se imprimen los grabados en colores está en íntima conexión con la armonía colorística de las obras.

sistía á continuar la marcha. Entonces uno de sus acompañantes la sujetaba fuertemente por los bra-

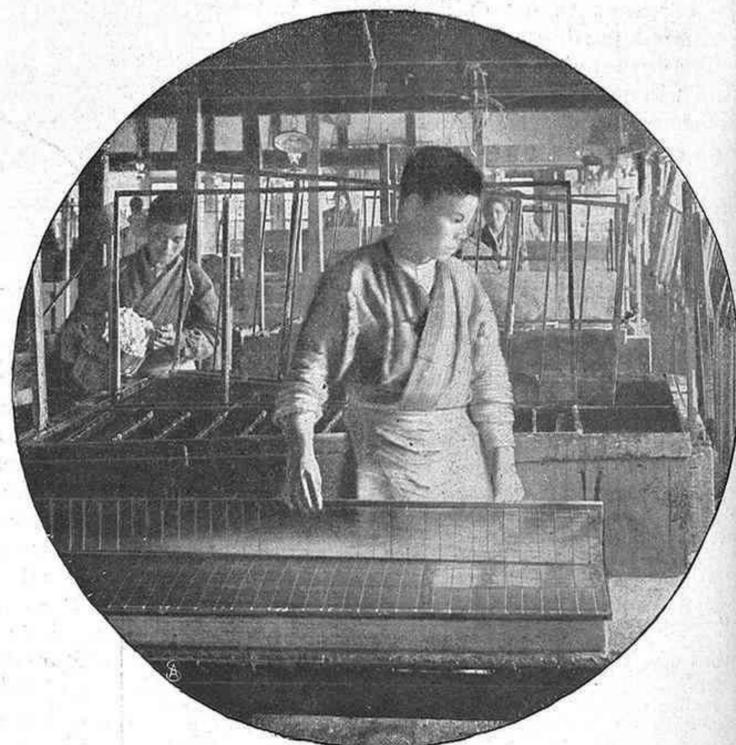


Fig. 6. - Operación de sacar la pasta de la tina para fabricar la hoja de papel



Fig. 5. - Recuento de hojas y disposición de las mismas en resmas

Ciertos papeles japoneses sirven también entre nosotros para imprimir las ediciones de lujo, las destinadas á los bibliófilos, para las cuales nuestros mejores papeles no pueden competir con aquéllos.

En el Japón, apenas hay rama de la industria artística en la que el papel, de una ó de otra clase, no ocupe un puesto importantísimo.

JUSTO BRINCKMANN.

LA LOCA

Los que nos encontrábamos aquella mañana en la playa de Melenara, haciendo la digestión de un succulento y bien servido almuerzo rociado con buen vino y sazonado con mejor alegría, vimos de pronto avanzar por el arenal adelante un extraño grupo.

Formábanlo dos hombres y una mujer; un borriquillo, llevando el ronزال arrollado al cuello, les seguía perezosamente. A la distancia no podíamos distinguir las figuras; pero observábamos que la mujer, cada pocos pasos, se re-

zos y la obligaba á avanzar. La secuestrada, que tal nos pareció, gesticulaba, defendiase con vigor ex-

traordinario, y venciendo á veces la presión que la paralizaba, emprendía desenfrenada carrera en dirección contraria de la que los tres traían. De lejos oíamos sus gritos estridentes, y alguna que otra palabra, grosera ú obscena, llegaba distinta á nuestros oídos.

La mujer insultaba á los dos hombres, los apostrofaba y amenazaba con los puños cerrados.

¿Cómo debíamos interpretar aquella escena desarrollada en medio de la vasta playa, sin más espectadores que nosotros, testigos lejanos é inmovilizados por e

estupor? ¿Qué era aquello? ¿Un rapto en colaboración amigable? ¿El principio de un delito vulgar, de un drama en que desempeñaría importante papel la humana bestia?

No sabíamos qué pensar. Alguno de la partida, romántico por temperamento y por educación, creía en el drama á ojos cerrados, y por si faltaba el drama, comenzó á urdir una novela caballerisca, de la cual él mismo había de ser principal agente y ornamento.

—¿Permitiremos, compañeros, que se consume esta grande iniquidad? Acudamos á rescatar á la hermosa doncella de las manos de los follones y malandrines que acá la traen á mal traer. ¡Por mis barbas, que no he de consentirlo!

Esto diciendo, enarboló su bastón y adelantóse resuelto hacia el grupo.

Le seguimos.

bien y de paz, incapaces de hacer daño á una mosca, cuanto menos á una criatura humana. Esta desdichada que aquí ven es mi hija, y este mozo que nos acompaña es su prometido esposo. Está la pobrecita tocada del juicio, y vamos á intentar con ella la cura del mar, que es el mejor médico del mundo. Consideren sus mercedes nuestra gran pena y aflicción, y déjenos pasar.

Mientras hablaba el viejo, aprovechó la loca un momento de descuido y echó á correr *locamente*, sin dejar de vociferar:

—¡Demonios, no quiero ir al infierno! ¡Mal rayo los ajunda!

Corrieron tras ella los dos hombres, y después de mucha brega y forcejeo, consiguieron traerla.

La infeliz clavó en nosotros un punto sus ojos errantes, con esa terrible fijeza de los locos, que miran sin ver, y nos gritó:

veharemos la subida de la marea y la embarcaremos en aquella lancha que tenemos preparada para darle un paseo hasta aquella punta (y señalaba la de Melenara). Ó se cura con la medicina de la mar bienhechora, ó hay que darla por perdida, perdida para siempre.

Quitaron los dos hombres el roncal al borrico y ataron con él las manos de la loca, que se defendía á arañazos, mordidas y coces, alzando el tono de sus alaridos. Luego, agarrándola de los pies y los brazos, la condujeron hasta la barca como una fiera herida é indefensa.

Nos consultamos sobre si debíamos disputar los derechos de aquella paternidad salvaje, inconsciente; pero, bien meditado el caso, nos abstuvimos de hacerlo. Era caso de conciencia.

Cuatro fornidos marineros auxiliaron á los dos hombres en la empresa de embarcar á la pobre jo-



Un veterano, cuadro de F. E. Lazslo

Al aproximarnos pudimos apreciar mejor la situación que de lejos nos parecía tan extraña. La mujer resistíase cada vez con mayor violencia á seguir á los dos hombres; pero algo anormal había en su aspecto que nos causó asombro y lástima.

Tendida en la arena, lanzaba gritos roncós, guturales, desgarradores, y mordía en las manos á sus dos compañeros cuando trataban de asirla para forzarla á andar.

—¡Demonios!, gritaba, ¿qué mal les hice, desventurada de mí, para que se empeñen en llevarme al infierno?

Comprendimos que nos la habíamos con una loca.

El más viejo de los que nos habían parecido desvergonzados é insolentes raptores, inícuos forzados de la doncellez desvalida, tomó la palabra y con tartajosa lengua nos habló así:

—Sosiéguese sus mercedes, que somos gente de

—¡Condenaos, sálvenme de estos malditos! ¡Si tienen madre, sálvenme!

Estaba espantosa. Revuelto el cabello, destrozado el traje, cubiertos los labios de espuma sangui-nolenta, ensangrentadas las manos en la lucha, parecía una furia domada, una Euménide vencida.

—¡Sálvenme, condenaos! ¡Sálvenme, condenaos! Y prolongó su clamorosa frase en una carcajada histérica.

El viejo lloraba. El mozo gemía.

—No seáis brutos, les aconsejamos, volveos por donde habéis venido; tened paciencia, esperad á que la loca se calme, y cuando esté tranquila, embarcadla.

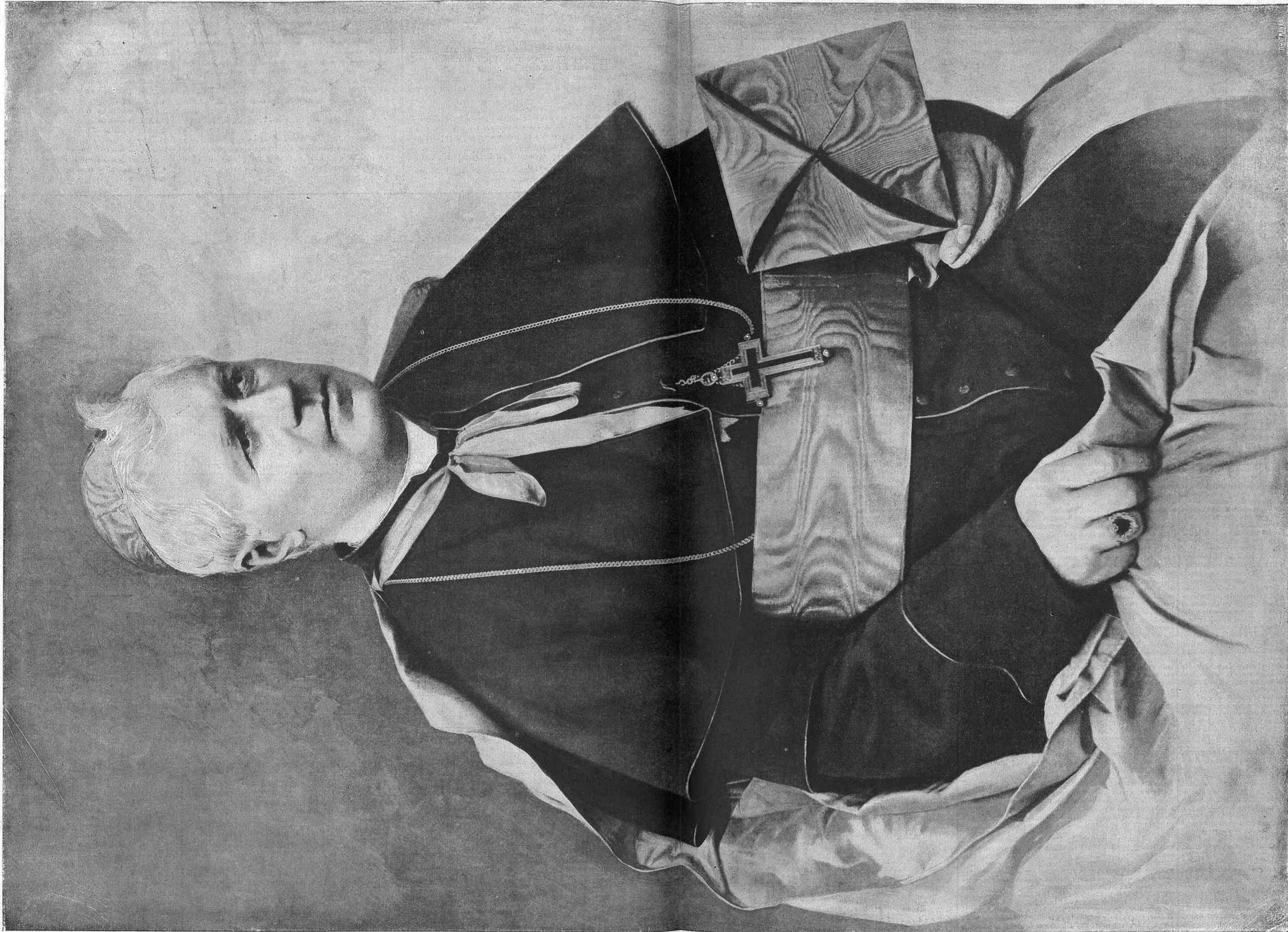
—Ahora mismo, replicó el viejo; ni puedo esperar, cuando mi hija se muere de esta ruínera perversa, de este endemoniado maleficio, ni estoy seguro de poder volver. ¿Creen sus mercedes que nos ha costado poco trabajo arrastrarla hasta la playa? Apro-

ven. Esta, maniatada y oprimida, aún tenía fuerza nerviosa suficiente para rendir de fatiga á los que juzgaba sus perseguidores. No luchaba ya; se agitaba en horribles saltos, en sacudidas tremendas, con las cuales acabaron de hacerse pedazos sus míseras ropas y quedaron al descubierto sus carnes flácidas, sus carnes muertas, entre las manazas de aquellos bárbaros.

Y siempre el mismo grito desesperado, agudísimo.

—¡Sálvenme, condenaos! ¡Sálvenme! ¡No quiero irme al infierno!

Tendiéronla en la lancha, donde sus clamores redoblaron hasta llegar á ser intolerables. Un marinero le puso la mano en el pecho, otro le tapó la boca. El viejo se desplomó alzando los brazos y exclamando: «¡Al mar se la entrego!» La loca, en un esfuerzo supremo, soltóse de las garras que la sujetaban y se aferró con los dientes á una borda. Oí-



PÍO X

DE FOTOGRAFÍA DE G. FERRETTI, DE TREVISO

PHOTOFEST

mos el chirrido de la dentadura al hacer presa. Uno de aquellos cafes la asió por los cabellos, y de un tirón brutal la desprendió.

La loca nos dirigió entonces una última mirada que no olvidaré nunca. Mirada indescriptible, mezcla de horror y de odio.

—¡Quiéren *ajogarme!* ¡Sálvenme, condenaos!

La barca se separó de la orilla, empujada por remeros vigorosos; pero apenas podía avanzar, porque llevaba demasiada carga: barbarie y locura.

El mar, menos respetuoso que nosotros con los derechos de la paternidad, comenzó á rugir, indignado.

F. GONZÁLEZ DÍAZ.

NUESTROS GRABADOS

Lord Salisbury.—Roberto Arturo Talbot Gascoigne Cecil, tercer marqués de Salisbury, nació en el castillo de Hatfield en 3 de febrero de 1830, y como todos los jóvenes de la aristocracia inglesa, siguió sus estudios en el colegio de Eton y en la Universidad de Oxford. A la edad de veintitrés años tomó asiento en la Cámara de los Comunes como representante del distrito de Stamford, figurando entre los conservadores, y en 1868, por muerte de su padre, heredó el título de par y un puesto en la Cámara de los Lores. En una y otra ganó fama de orador, interviniendo en todos los debates políticos de importancia y secundando la política del partido conservador en aquella sazón acudillado por lord Derby. Ya en 1866 había sido nombrado por éste presidente del Consejo de Indias, cargo que renunció en 1867, por no asociarse á la presentación del bill Derby-Disraeli.

Desde 1868 á 1874 combatió duramente en el parlamento, en la prensa y en las reuniones populares, la política de Gladstone, y al retirarse éste del gobierno se encargó del Ministerio de las Indias, precisamente cuando aquel vasto dominio era víctima del hambre más espantosa.

En 1876 fué designado para segundo plenipotenciario de la Gran Bretaña en las conferencias de Constantinopla, y en 1878 se encargó de la cartera de Negocios extranjeros y asistió al Congreso de Berlín. El triunfo del partido liberal en las elecciones de 1880 llevóle de nuevo á la oposición, y la muerte de lord Beaconsfield le valió la jefatura del partido conservador, sucediendo en 1885 á Gladstone en la presidencia del Consejo de Ministros, cargo que perdió bien pronto por haber sido derrotados los conservadores en las elecciones para la Cámara de los Comunes; pero nuevas luchas políticas relacionadas con la cuestión de Irlanda motivaron otra disolución de dicha Cámara y otras elecciones en las que los conservadores obtuvieron el triunfo, recobrando entonces (julio de 1886) Salisbury la presidencia del gobierno, que desempeñó hasta 1892. Volvió á ejercerla desde 1895 hasta 1902, desempeñando además durante este tiempo la cartera de Negocios extranjeros.

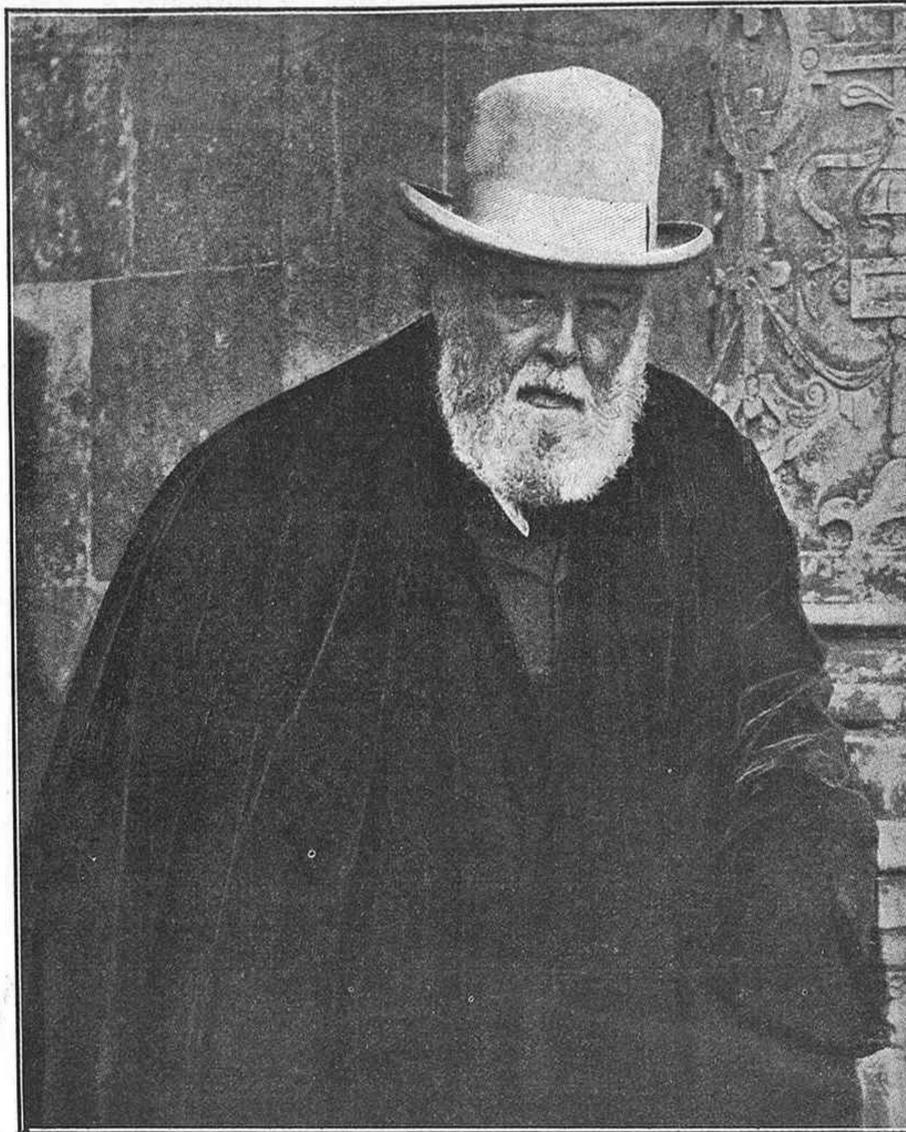
Esta última etapa fué sin duda alguna la más brillante de su carrera política y la más fecunda en acontecimientos trascendentales para Inglaterra, en donde se impuso en absoluto el imperialismo. Reciente está todavía en la memoria de todos la guerra boer, ese triunfo de la fuerza sobre el derecho que si para todo hombre de conciencia fué un infame atropello de toda razón y toda justicia, para el pueblo inglés constituyó una victoria de sin igual importancia que puso el sello á su superioridad y la elevó, á los ojos de las demás potencias, á una altura jamás alcanzada.

Concluida la guerra boer, dimitió el cargo de ministro de Negocios extranjeros, conservando únicamente el de presidente del Consejo de Ministros, hasta que en 13 de julio de 1902 se retiró por completo á la vida privada.

Con lord Salisbury ha desaparecido el político que más influencia ejerciera en Inglaterra durante estos últimos veinte años; ha desaparecido también el postrer representante de esa generación de eminentes hombres de Estado que han presidido la evolución de la política europea en el último tercio del siglo XIX.

La espina, cuadro de H. C. Preston Macgoun.—Admírase en este cuadro no sólo un gran espíritu de observación y un dominio completo de la técnica, sino que también un sentimiento que nos lo hace sumamente simpático. Esas dos criaturas cariñosamente enlazadas forman un grupo encantador, y la expresión de sus rostros, en que están magistralmente pintadas la solicitud con que la niña procede á la operación de extraer la espina de la mano de su hermanito, y la resignación de éste, ha de cautivar forzosamente á cuantos contemplen la obra. Aunque la escena pasa en el campo, el pintor ha tenido el buen acierto de suprimir el paisaje á fin de que nada distraiga al espectador y éste se vea obligado á concentrar toda su atención en las dos figuras, que bien lo merecen, pues aparte de las cualidades que dejamos enumeradas y que se refieren, por decirlo así, al fondo de la composición, reunen, desde el punto puramente pictórico, condiciones que acreditan de artista de buena cepa á quien las ha trazado.

La Ciencia, escultura de Manuel Fuxá.—A la galantería de nuestro buen amigo el laureado escultor Manuel Fuxá debemos la ocasión de dar á conocer la hermosa estatua simbolizando la Ciencia que ha de formar parte del monumento que ha de erigirse en Madrid á la memoria de D. Alfonso XII. La circunstancia de ser el artista catalán ventajoso-



LORD SALISBURY, fallecido en su castillo de Hatfield (Inglaterra) en 22 de agosto último

samente conocido, casi nos releva de hacer mención de sus méritos, por más que no podemos omitir recordar entre otras las notables estatuas de «San Francisco de Asís,» que figura en el Museo Municipal de Bellas Artes de esta ciudad, y la del arzobispo Armanyá, que se destaca en el pórtico del Museo Biblioteca Balaguer, de Villanueva y Geltrú. Estas dos obras pregonan la valía del escultor, quien con la que reproducimos ha añadido un nuevo timbre á su historia artística, ya que resulta una producción inspirada en los conceptos del gran arte, digna de su buen nombre.

Un veterano, cuadro de F. E. Laszlo.—Abatido el cuerpo, pero vigoroso todavía el espíritu, entretiénese el veterano en recordar los episodios de su vida militar, y transportado por la imaginación á sus juveniles años, se ve de nuevo luchando valerosamente en los campos de batalla, embriagado por el humo de la pólvora y el bélico toque de los clarines, lanzándose á pecho descubierto contra las posiciones enemigas, escalando murallas que vomitan fuego, derramando gozoso su sangre por la patria, llorando los reveses y prorrumpiendo en frenéticas aclamaciones cuando el triunfo corona sus esfuerzos. Al lado de estos recuerdos, surgen en su memoria otros más plácidos y agradables; sus galanteos, sus conquistas, las frases de amor con que más de una muchacha respondió á sus palabras apasionadas, el beso robado furtivamente, en fin todo cuanto constituye el lado alegre de la existencia del soldado. Y al contemplar mentalmente este panorama, al comparar el pasado con el presente, siente su corazón invadido por melancolía profunda y de sus ojos brota una lágrima que se desliza por su enflaquecido rostro y se pierde en las espesas canas de su descuidada barba. Melancólico como él es el paisaje que le rodea: árboles cuyas hojas arrancan las primeras ráfagas otoñales; un cielo gris sin transparencia, un ambiente triste, muy triste, y una soledad más triste todavía que el ambiente. ¡Cuán honda impresión nos causan todos estos elementos tan admirablemente combinados por el autor del cuadro que motiva estas líneas! Esta es su mejor alabanza, que cuando un pintor consigue de tal modo emocionarnos es prueba evidente de que ha realizado una obra hermosa bajo todos conceptos.

Su Santidad Pío X.—Como en el número 1.128 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos una extensa biografía de Pío X, omitimos toda explicación del retrato de Su Santidad que en doble página reproducimos en el presente y que está tomado de una fotografía hecha poco antes de ser elegido papa el entonces cardenal Sarto, patriarca de Venecia.

En el yate, cuadro de Pablo Helleu.—Si hubiésemos de juzgar las obras artísticas por la importancia del asunto en ellas desarrollado, pocas serían en la actualidad las que satisfarían las exigencias de la crítica. Por fortuna, no se analizan hoy aquéllas bajo este criterio, y el mismo aplauso se otorga al que en un cuadro plantea un problema ó acomete un tema histórico ó religioso de complicada ejecución, que al que traslada al lienzo una escena de la vida ordinaria, siempre y cuando al hacerlo así no se aparte de los verdaderos ideales del arte. Por esto encontramos bella la composición de Pablo Helleu, que fué muy celebrada en la última exposición de los secesionistas berlineses, y que dentro de su sencillez responde perfectamente á los fines de la pintura moderna.

Hojas secas, cuadro de José Armet.—Digna pareja del cuadro que recientemente publicamos es el que hoy damos á conocer á nuestros lectores. En el primero representaba el artista á la naturaleza fresca y jugosa, exuberante de vida, trocándose en el á que nos referimos las hermosas frondas en muerta hojarasca. En uno y otro muéstrase Armet cantor de la naturaleza y fidelísimo intérprete de su belleza, ya resulte severa ó agradable. Sensible es y harto lamentable que la pertinaz dolencia que aqueja al artista le impida continuar produciendo tan bellas obras. El cuadro *Hojas secas* forma parte de la galería que posee el distinguido coleccionista D. Enrique Batlló.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—FLORENCIA.—En el archivo de la galería de los Uffizzi se han descubierto cuarenta croquis de Miguel Angel, hasta ahora desconocidos: entre ellos hay varios estudios para la figura *La Noche*, que se admira en la tumba de los Médicis, para la del *Padre Eterno* de la Capilla Sixtina, y otros.

BERLÍN.—El emperador Guillermo ha regalado á los Museos de Berlín un hermoso cuadro de Rubens, pintado por éste en su última época, y que representa á Diana y á sus ninfas sorprendidas por los sátiros. El lienzo es de una belleza de color imponderable y puede ponerse al lado de los mejores salidos del pincel del célebre artista flamenco.

LA HAYA.—Se ha inaugurado recientemente en la capital de Holanda el magnífico Museo Mesdag que el famoso pintor de este nombre regaló á la ciudad. Compónese de unos 300 cuadros, todos valiosísimos, y en él figuran obras de algunos artistas alemanes, polacos é italianos, pero principalmente de maestros holandeses y franceses modernos. Entre los autores franceses están representados Millet, Rousseau, Corot, Daubigny, Díez, Dupré, Troyón, Delacroix, Courbet, Bretón, Monticelli y otros, unos por un solo lienzo y otros por hermosas colecciones. De los pintores holandeses célebres no falta ni uno solo y muchos de ellos tienen allí sus mejores creaciones.

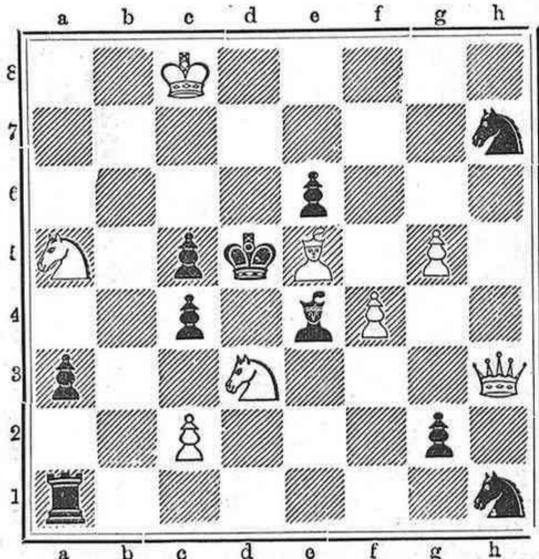
Necrología.—Han fallecido:

Axel Ohlin, eminente zoólogo sueco, catedrático de Zoología de la Universidad de Lund, que había tomado parte en varias expediciones al Polo Norte.
 Roberto Mols, notable pintor belga, célebre especialmente por sus marinas.
 Carlos Alejandro Rahlenbeck, sabio historiador belga, autor de importantes obras sobre historia de los Países Bajos y de Lorena en el siglo XVI.
 Federico Steub, dibujante y pintor alemán, uno de los principales colaboradores del tan conocido periódico humorístico *Fliegende Blätter*.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 335, POR E. SAUBERLICH.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 334, POR R. BRAUNE.

- | | |
|------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. A b7-a8 | 1. a7-a6 ó a5 |
| 2. C d6-c8 | 2. Cualquiera. |
| 3. C c8-b6 mate. | |

VARIANTES.

- 1..... f4-f3; 2. C d6-f5, etc.
 1..... g5-g4; 2. C c5-d3, etc.
 1..... C b8-a6; 2. C c5xa6, etc.



La joven morena no está sola, sino hablando con un joven rubio

POR EL AMOR

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Después, unos pasos rápidos sobre la alfombra que apagaba los ruidos... Un resplandor repentino del fuego, que pareció reanimarse por unos segundos... El ligero roce de las tenazas que revuelven la ceniza y entierran en ella las últimas huellas de una mala acción que la ley califica de crimen...

Y pálido, con las sienas bañadas en sudor, Francisco Reversay murmuró:

- ¡Ya está!

La dama blanca seguía graznando en el parque, y en la gran cámara del primer piso, la muerta no se estremeció en su catafalco.

III

Veinte años después: mejor dicho, veintidós.

Seguimos habitando en el castillo de Biviers y en aquel saloncillo preferido en otro tiempo por Hortensia de la Croix d'Arbel.

¡Pobre prima Hortensia! Nadie piensa ya en ella en aquella casa, que la buena anciana no reconocería.

El saloncillo no tiene ya los muebles pasados de moda de que la solterona gustaba rodearse.

Aquella pieza se había transformado como las demás de la casa, en la que triunfaba el *modern style* con sus sillas en las que no se atreve uno a sentarse, con sus mesas de patas ligeras como tallos de flores encorvados por un artista muy belga ó muy inglés. Estilo que es hoy encantador y que tal vez mañana será abominable.

El salón era maqueado con colores suaves y muy claros, que hacían destacarse violentamente el rojo oscuro de la caoba de los muebles. La pieza tenía ciertamente estilo y elegancia, y en lugar de la vieja enfermiza y contrahecha, vemos en él una hermosa joven muy morena, con unos ojos negros bien abiertos, un poco pálida acaso, pero con una palidez amarillina que se armoniza perfectamente con el color de cereza de los labios; un poco delgada seguramente, pero esta circunstancia sienta á las mil maravillas á su cabecita pequeña y de expresión resuel-

ta y resulta elegante con aquel traje blanco de corte irreprochable y que se destaca en aquella decoración de claridad deslumbradora.

La joven morena no está sola, sino hablando con un joven rubio, naturalmente - así lo quieren las leyes de atracción y de equilibrio, - un joven cuya actitud en su butaca indica un amigo íntimo de la casa y cuyo modo de mirar á su interlocutora denota que la amistad es todavía más... íntima con ella.

- ¡Qué suerte que no haya usted ido á Grenoble con el Sr. de Reversay!

- Una suerte para usted, Sr. de Pontarede, pero no para mí...

- ¡Oh! Andrea...

- Vamos, mi pobre Julián, no tome usted ese aire de desolación... Digo esto por hacerle á usted rabiar y no es lo que pienso... La verdad es que tenía algo que hacer en Grenoble... Comprar mil chucherías... para estar guapa... y para gustarle á usted... Ya ve usted si la cosa era importante...

- ¡Ah! ¡Qué amable es usted cuando se digna tomarse ese trabajo! ¡Si supiera usted qué dichoso me hace!

- Pues bien, me digno... Saboree usted su dicha y dé las gracias á papá, que es el que no ha querido de ningún modo llevarme...

- Puede ser que vuelva tarde...

- No, no va á hacer más que ir y venir. Se ha llevado el faetón y debe estar aquí antes de comer. Olvida usted que esta noche tenemos varios convidados.

- Siempre habrá demasiados... A mí, al menos, me parece... Toda esa gente le ocupa á usted un tiempo que yo querría para mí...

- ¿Para usted solo, egoísta?

- Quisiera que estuviésemos, al menos, con más intimidad...

- ¡Ah! La intimidad... Esa es la «cosa rara,» como dice *il signor marchese d'Albini*.

- Es verdad. En verano dan ustedes cita aquí á todos sus amigos de París y de todas partes... ¡Y tienen ustedes tantos!.. Después, las cacerías, las

cabalgatas, los bailes, qué sé yo... ¡Buen modo tiene usted de descansar de su agitación parisiense!.. ¿Tanto le gusta á usted la sociedad, Andrea?

- ¿A mí? Estoy de ella hasta por encima de la cabeza.

- ¡Ah! ¡Qué alegría! ¿De modo que?..

- De modo que también por eso le quiero á usted un poco, amigo Julián. Con usted, al menos, será posible modificar algo este programa, que ya no me gusta.

- ¡Y que tampoco me gusta á mí!

- Sí, ya sé; la casita cerrada..., entreabierta solamente para algunos buenos amigos, y con un jardín un poco silvestre, al que se pueda salir en zuecos después de la lluvia...

- Unos zuecos muy pequeñitos...

- Barnizados, con flores grabadas encima...

Los hay que hacen un pie muy mono...

- Y suenan de un modo muy chusco en las losas del vestíbulo...

- Pero todo eso es para cuando estemos solos, y ahora estamos en casa de mi padre, que no tiene precisamente esas ideas...

- No; es demasiado joven.

- Y cada día se rejuvenece más.

- Por lo menos se conserva admirablemente. Nadie dirá que tiene cincuenta años.

- ¡Cuarenta y nueve, Julián!

- ¿Cuánto tiempo le van á durar todavía?

- Es usted un impertinente... Cuarenta y nueve, como he tenido el honor de decirlo. Cuando se casó no tenía todavía veintiocho años. Yo tengo veintiuno. Cuento usted.

- Sí, Andrea, sé que es usted mayor de edad hace un mes.

- Soy libre, amigo Julián. Nadie puede ya arrastrarme al altar...

- Puedo asegurar á usted que nadie pretende arrastrarla. No más que uno que la suplica que se sirva dirigir hacia el altar sus pasos...

- Entonces, Julián, puesto que hablamos de cosas serias, ¿cuál es su programa de usted?

- No son serias, para mí al menos, sino infinitamente alegres... Lo juro.

- Está bien... ¿Me pide usted que sea su compañera?

- Para amarla mucho, Andrea, y para hacerle la vida muy dulce, muy buena, todo lo que yo pueda...

- Pero ¿cómo comprende usted esa vida?.. ¿Cómo será?

- Como usted quiera. Yo no haré más que obedecer.

- Eso no quiere decir nada. Estamos hablando seriamente, Julián. ¿Cómo organizará usted mi vida?

- Es muy sencillo y usted misma lo ha dicho muchas veces. El invierno, al sol.

- ¿Dónde?

- Elija usted.

- Eso dependerá de nuestro presupuesto de ingresos.

- Ya le conoce usted. Su padre le da quinientos mil francos y usted tiene por su madre trescientos mil.

- ¿Cuánto produce eso de renta todos los años?

- Pongamos veinticinco mil francos. Yo apporto, poco más ó menos, otro tanto.

- Lo que nos representa cincuenta mil francos anuales...

- Que serán cuadruplicados un día...

- Sí, las esperanzas... Pero es vergonzoso hablar de eso, Julián.

- Estamos hablando razonablemente...

- No vayamos á volvernos demasiado razonables y á parecer unos ambiciosos.

- No lo parezcamos, pues. Tenemos cincuenta mil francos de renta. No hay con eso para asombrar al mundo, pero sí con qué vivir felices y á nuestro gusto, donde nos venga bien. Viajaremos, si usted quiere. Pasaremos unos meses en París, si nos da ese capricho, y pasaremos cómodamente el invierno en el Mediodía, en Italia ó más lejos, si nos acomoda...

- ¿Sabe usted lo que me inquieta?

- Diga usted.

- Temo que se aburra usted...

- ¿Yo?..

- ¡Diantre! No hacer nada más que adorarme...

- Seguramente. También eso figura en el programa.

La joven movió la cabeza y dijo:

- El programa de mañana... Pero el de siempre... La verdad, amigo mío; á veces temo que llegue el cansancio... Siento que no tenga usted una ocupación, una ambición..., qué sé yo...

— ¡Oh! Andrea... Pero entonces, también lo temerá usted por sí misma...

— No, Julián. Las mujeres somos muy diferentes, pues tenemos nuestra casa, nuestros hijos... ¡Ah! Yo tendría más ambición por usted que usted mismo... Aceptaría con gusto algunas alteraciones del programa por verle á usted interesarse por algo...

— ¿Por qué diablos? En estos momentos sobre todo, ¿qué puede hacer un hombre de nuestra clase? Nada, absolutamente nada... No querrá usted que me lance á la industria ó á los chanchullos de dinero...

— No, dijo la joven sonriendo.

— Para ser militar, es muy tarde. No puedo hacer más que ofrecer á usted mis galones de teniente de la reserva...

— No; y después, militar..., no me haría mucha gracia...

— ¿Entonces qué? El conde de Pontarede no puede ser subprefecto. Además, no me darían la plaza.

— Y lo celebro infinito.

— No hay tampoco medio siquiera de ser diputado...

— ¡Oh! Nada de política, sobre todo.

— ¿Qué, entonces?

— Sí, ya lo sé. Tenemos los brazos atados y me parece una iniquidad de esta época.

— La magistratura... Se podía en tiempos... Pero ya no se puede. Su padre de usted me lo ha dicho mil veces. Cuando la dejó para casarse, estaba á punto á cada instante de echarlo todo á rodar, de tal modo se encontraba allí fuera de su centro... El, al fin, pudo honrosamente despedirse de la magistratura...

— Gracias á aquella prima Hortensia.

— La conocí. ¿Lo sabía usted?

— ¿Sí?

— Tenía yo cinco años. Mamá me trajo aquí de visita, ceremoniosamente. Estuvimos en este salón. ¡Ah! No se parecía al actual... Parece que la estoy viendo..., bajita..., un poco jorobada..., muy llena de arrugas..., con una vocecilla delgada y unos ojos claros que me daban miedo... Estaba con ella su sobrina... Todavía no habían reñido.

— ¿Mi prima Magdalena? ¿La señora de Beraud?

— Sí. Yo la encontraba muy amable. Me cogió en brazos y me dió una porción de golosinas... ¿Sabe usted qué ha sido de ella?

— Muy vagamente... Sé que el Sr. Beraud murió en un accidente de navegación, dejando sus negocios muy embrollados..., negocios cuya liquidación fué desastrosa después de su muerte.

— Sí, desastrosa. De toda su fortuna, que era todavía considerable, no quedó nada.

— Al saberlo fué cuando papá tuvo la hermosa, la generosa idea... Pero acaso hago mal en decir á usted este secreto, que mi padre me ha mandado guardar...

— ¡Bah! Estoy al corriente ó adivino lo ocurrido. La restitución anónima de cien mil francos hecha á la viuda por un deudor de su marido...

— ¿Cómo ha podido usted saber?..

— Conozco á Noel.

— ¿Noel?

— El hijo mayor de la viuda de Beraud. La pobre mujer se ha quedado con dos hijos.

— ¿De veras conoce usted?..

— Cuando yo estudiaba Derecho, él estaba en la escuela de Bellas Artes. Eramos muy amigos y lo somos todavía... ¡Pobre muchacho! Tenía mucho talento... Ahora no le trato y hago mal, muy mal en olvidarle.

— ¿Por qué dice usted eso?

— Porque es más digno de lástima de lo que usted piensa. Cuando la muerte de su padre lo hirió como un rayo, Noel estaba en París y tenía ya cierto éxito... Se empezaba á hablar de él... y ganaba bastante dinero... En seguida, se llevó con él á su madre y quiso que Mauricio, su hermano menor, continuase sus estudios en el Liceo de Luis el Grande... Noel no podía contar más que con su trabajo para subvenir á todas esas necesidades... Tenía una notable habilidad para el grabado al agua fuerte, y colocaba más fácilmente estos trabajos que los cuadros... Se dedicó, pues, al grabado con asiduidad, trabajó demasiado y un día observó que todo giraba á su alrededor, que todo se apagaba, que todo se oscurecía... Había abusado de sus ojos y perdió la vista á causa de un desprendimiento de la retina. Ahora está, el desgraciado, enteramente ciego.

— ¡Oh!.. ¿Pero no tiene cura?

— No... Ha consultado á no sé cuántos médicos... Noel es ciego.

— ¡Pobre joven! De modo que...

— De modo que ha sido esa restitución anónima

de cien mil francos lo que les ha salvado á todos de la más espantosa miseria.

— ¡Ah! ¡Los desgraciados!

— ¡Bah! No tanto, puesto que con ese recurso inesperado han podido poner en orden sus asuntos..., pagar algunos restos de la liquidación, y con dos ó tres mil francos de renta, refugiarse en Agay.

— ¿Agay?

— Un rincón ignorado de la costa del Mediterráneo, donde tenía Beraud una casita para ir á pescar y á bañar á sus hijos durante unas semanas del verano... Tan poco valía, que no se pudo vender durante el desastre, y una vez arreglado todo, se quedaron con ella. Allí se han instalado y allí viven, puede usted figurarse cómo; pero, en fin, están al sol, en la orilla del mar y tienen su pobre existencia asegurada... ¡Oh! Ha estado muy bien lo que ha hecho su padre de usted...

— Sí, pero yo hubiera querido que hiciera más...

— ¡Bah! ¡Cien mil francos!..

— Olvida usted que hubieran tenido veinte veces esa suma si papá no hubiese heredado á Hortensia.

— Y esa fortuna se hubiera hundido en el desastre con todo lo demás.

— Acaso sí, pero, sin embargo, yo hubiera dado más.

— Se puede asegurar, querida Andrea, que no hay en el mundo muchas personas que hubieran sido tan generosas como el Sr. Reversay.

— Es que papá es bueno..., muy bueno... Cuando se le ve superficialmente, se le puede creer un poco ligero..., descuidado..., algo..., ¿cómo diré?.., algo fanfarrón de escepticismo... Pero en el fondo es bueno y me quiere mucho... Oiga usted; cuando murió mamá...

— Era usted todavía muy pequeña.

— Tenía ya siete años. ¡Pobre mamá! La veía lánguida y cada vez más débil, pero yo no sabía lo que eran esas horribles cosas de la muerte. Hacía muchos días que me tenían alejada de su cuarto, cuando, una mañana, mi niñera, que tenía los ojos enrojecidos y llorosos, me dijo: «Señorita Andrea, venga usted á ver á su mamá, que quiere...» Yo eché á correr para darle los buenos días. ¡Pobre madre mía! Estaba en la cama, con una cara tan demacrada, tan lívida... Volvió penosamente hacia mí los ojos llenos de lágrimas... Todo el mundo lloraba alrededor de ella, y yo, sin saber por qué, me eché también á llorar... Después, mi madre me dijo con voz apenas perceptible, una voz, Julián, que no olvidaré jamás: «Andrea..., abrázame, hija mía..., otra vez..., otra... Que seas siempre una buena niña...» Después cerró los ojos y me sacaron de la habitación... Al día siguiente me pusieron de luto... Ya no debía verla más, Julián.

El joven dijo, muy conmovido al ver la emoción de su amiga:

— ¡Un recuerdo muy doloroso, pero que ha dado á usted un consuelo de profunda ternura! No son esas penas las que dejan el corazón en ruinas.

— Es verdad. No tengo pena alguna al hablar de estas tristes cosas.

— Y entonces... su padre de usted...

— Estaba loco de pena. Ya sabe usted que amaba apasionadamente á mi pobre madre... Su dolor asustaba á cuantos le veían. Estábamos en París, en el hotelito que había hecho edificar cerca del bosque. ¿Lo creará usted? Ocho días después, el hotel estaba vendido, con los muebles, y mi pobre padre corrió á encerrarse conmigo aquí, en Biviers, para vivir solo con la niña que recordaba un poco á la mujer amada... Y creo que seguiríamos solos, pues yo satisfacía su necesidad de ternura, si al cabo de mucho tiempo no hubiera mi padre caído en la cuenta de que me estaba haciendo una salvaje indócil, indomable é ignorante hasta el extremo, y entonces se decidió á ponerme en un colegio, pero muy cerca de él, en el Sagrado Corazón de Montfleury, á fin de poder ir á darme un beso todos los días...

— ¿Pero iba?, preguntó Julián con una sorpresa en la que se descubría alguna incredulidad.

— Mientras estuvo en Biviers, sí, ciertamente... Pero sus negocios le obligaban á ir á París, donde tenía que permanecer á veces mucho tiempo. Además, ha seguido siendo tan joven de carácter, que se ha consolado poco á poco.

— Y usted se quedó sola en el convento.

— Pero no me aburría. Me parecía, todo lo más, el tiempo un poco largo cuando pasaban muchas semanas sin ver á papá... Me gustaba aquella gran casa perdida entre los árboles en esa vertiente tan frondosa, al pie de nuestro Saint-Eynard. Quería mucho á las monjas..., tan tranquilas..., tan dulces, con aquella sonrisa siempre un poco desdeñosa para las cosas del mundo... ¿Creará usted que hubo un

momento en que tuve deseos de hacerme religiosa?

— ¡Oh!

— Tranquilícese usted. Tenía catorce años.

— Y cuando llegó la edad de la razón...

— ¿Es esto la razón? En fin, tomé interés por otras cosas. Además, en las vacaciones veía á la gente y papá me llevaba á viajar...

— ¿La llevaba á usted á París?

— No, muy poco. De paso solamente y á un hotel. No había sitio para los dos en un cuartito que papá tenía alquilado y al que llamaba su «casa de soltero...» Una frase que yo no oía con gusto. Hace sólo tres años, desde que salí del convento, tenemos nuestra habitación de la avenida de Antin.

— Y desde entonces su padre de usted se convirtió en su amigo.

— Sí...

Andrea pareció vacilar.

— Sí y no. Papá se acostumbró á otra vida..., á su círculo..., á sus relaciones... Hay tantos sitios á los que van los hombres y en los que una joven no está en su lugar... Ya puede usted comprenderlo...

— Sí, dijo Julián en un tono un poco raro.

— Pero eso no quita que mi padre sea bueno, aunque en París me deje un poco sola...

— Y aunque se niegue á llevarla á usted en su faetón, añadió Julián riéndose.

— A propósito de faetón... Ya debiera estar aquí.

— Lo que quiere decir que apenas tendré tiempo de ir á ponerme el frac.

— Y de volver de prisa.

— Entonces, hasta dentro de un momento, Andrea.

— Hasta muy pronto, Julián.

El joven le cogió una mano y con tímida galantería puso en ella los labios.

— La quiero á usted con toda mi alma, Andrea, murmuró.

— Y yo á usted con todo mi corazón, respondió Andrea con una sonrisa de felicidad.

Y Julián se marchó, ligero como un enamorado de veintiséis años que no ve la vida más que en el espejo de dos ojos oscuros, llenos para él de acariciadora ternura.

IV

Andrea se quedó sola en el saloncillo.

— Yo también, pensó, tengo que hacer lo que Julián.

Y se levantó para ir á vestirse, cuando una doncella se precipitó en la habitación, sin llamar y con cara de terror.

— ¡Señorita! ¡Señorita!..

— ¿Qué ocurre?

— ¡Un accidente! ¡Ah! ¡Qué desgracia!..

— ¿Mi padre?..

— ¡Ah! Señorita..., le traen...

— ¡Le traen! Mi padre... ¿El faetón?..

— Los caballos se han desbocado en la cuesta de Meylan... ¡Ah, señorita!.. El faetón ha volcado... ¡Dios mío! ¡Dios mío!..

Andrea no la dejó acabar.

Echó á correr y llegó á la escalinata, loca de angustia.

¡Ah! ¡Qué espectáculo!

En una camilla hecha con ramas, con lo que se había podido, estaba su padre con la cabeza ensangrentada..., lívido..., los ojos cerrados..., transportado por unos campesinos que trataban torpemente de subir los escalones y arrancaban con sus movimientos sordas quejas, casi un estertor, á aquel cuerpo inerte.

Otros hombres, en el patio, conducían los caballos, cojeando, con los arneses rotos y el coche hecho pedazos.

Pero Andrea no veía nada de eso.

No tenía ojos más que para aquel herido, aquel moribundo acaso..., y el choque de aquella desgracia repentina parecía afirmar su energía.

Porque su ternura era resuelta. No era Andrea de esas jóvenes que lloran y se abandonan á la desesperación mientras su desolación las hace inútiles.

La hija de Reversay valía más que todo eso. Era de las que lloran... cuando han acabado de prestar socorro.

Con voz breve y que asombraba á todas aquellas personas aturdidas, exclamó:

— ¡A su cuarto!.. ¡Ah! Nada de sacudidas sobre todo...

Y ella fué la que, con infinitas precauciones, ayudó á colocar en la cama aquel pobre cuerpo dolorido.

— ¿Qué ha pasado? ¡Decid pronto!..

Uno de los campesinos, un viejo, contestó:

— Señorita, ha sido en la cuesta de Meylan... Los

caballos han debido espantarse... Nosotros estábamos allí trabajando muy cerca del camino... El señor Reversay contenía el tronco todo lo que podía. Pero, de pronto, uno de los caballos se le escapó... Se había roto una brida... El lacayo se asustó, quiso saltar y se ha roto una pierna... Ahí le traen también... El Sr. Reversay se quedó en el pescante..., pero el coche volcó en un montón de piedras, los caballos cayeron y el pobre señor Reversay fué despedido lo menos á veinte pasos... y se quedó inmóvil... Como usted ve, ha recibido el golpe en la cabeza...

— ¡Dios mío! ¡Dios mío!, murmuró Andrea.

Pero añadió en seguida:

— El médico...
— Han ido á buscarle, señorita...

— Entonces, agua templada..., trapos..., mi botiquín...

La joven se precipitó hacia el escritorio de su padre, en el que había papel y plumas, y escribió febrilmente...

— Estos telegramas..., pronto, dijo dando á un criado dos despachos para dos profesores de la facultad de Grenoble.

Volvió á la cama, en la que el herido, sin recobrar el conocimiento, seguía gimiendo débilmente, y la pobre muchacha intentó la primera cura.

Era una herida horrosa, una cortadura más bien, tan profunda, que el hueso parietal estaba descubierto, y en la que se veía una arteria rota, de la que brotaba á intervalos una sangre espumosa...

La desgraciada niña se esforzó en vano por restañar aquella sangre que seguía corriendo... En vano aplicó compresas húmedas á la herida abierta... En vano recurrió á los hemostáticos del botiquín, incluso el percloruro de hierro... Nada detenía la sangre, que brotaba de nuevo en cuanto cesaba la presión violenta de la herida.

Así pasó cerca de un cuarto de hora..., un siglo.

Por fin llegó el médico de Saint-Ismier.

Un joven tímido..., un poco torpe..., que nunca había tenido el honor, ni esperaba tenerle, de ser llamado al castillo de Biviers, y que dijo, muy turbado él también ante aquel herido del que iba á ser responsable:

— Es grave..., muy grave..., gravísimo...
— ¡Ah! Señor doctor, detenga usted esta hemorragia...

— Sí, eso sí, eso podré hacerlo ciertamente. Pero después... ¡Oh! Es muy grave...

Y con mano poco segura se puso á ligar la arteria.

La operación fué torpemente ejecutada y el sufrimiento arrancaba al paciente gemidos que se convertían en gritos de dolor...

Por fin estuvo hecha la ligadura y la sangre dejó de brotar.

Se podía lavar la herida é improvisar la primera cura.

Solamente entonces dijo Andrea, sudando de angustia y alejando al médico de la cama por si el

enfermo tenía conciencia de lo que pasaba á su alrededor:

— ¿Qué teme usted, doctor?
El médico auscultó, percutió, hizo un examen sumario y respondió:
— La respiración es muy fatigosa, pero esto es

estar siempre con él para defenderle contra los impulsos del delirio y contra los terrores de la alucinación. Estar allí para hacerle tomar de grado ó por fuerza las pociones adormecedoras y narcóticas que le harían sumirse en una soñolencia esencial para la curación. Andrea respondió en seguida:

— Yo pasaré la noche á la cabecera de mi pobre padre.

Y así lo hizo la valiente niña, resuelta y obstinadamente.

Los médicos se marcharon y lo propio hicieron todas las personas que, en el primer momento, habían ofrecido sus servicios á Andrea. También se marchó Julián, á quien la joven dijo llorando:

— No, déjeme usted sola... Mañana vendrá usted... Ahora sería inútil su presencia, y al lado del herido no debe de haber ni ruido, ni movimiento, ni conversación.

Y Andrea se quedó sola con el enfermo en aquella vasta estancia del castillo de Biviers, que había sido el dormitorio de Hortensia y que había guardado como una huella indeleble de la que la habitó en otro tiempo.

Francisco de Reversay había respetado, como se respeta un conjunto de arte y de tradición, aquel solemne mobiliario, aquellos cortinajes de Aubusson, maravillosos y admirables.

Andrea aproximó un pesado sillón á la gran cama de columnas y se instaló en su puesto de abnegación y de angustia.

Para conseguir el silencio, alejó á los criados y dispuso que solamente el ayuda de cámara de su padre pasase la noche en la habitación próxima, dispuesto á acudir á la primera llamada.

La lámpara, colocada muy lejos para que el enfermo no la viera, repartía una débil claridad.

Y la triste noche empezó.

Sí, el médico lo había previsto exactamente. Poco á poco la cara del enfermo se puso roja, su frente quemaba y el herido pareció salir de su sopor.

La agitación se presentó. Sus ojos, hasta entonces cerrados, se abrieron con unos fulgores que la pobre Andrea no conocía.

Y entonces empezó á balbucear palabras confusas y poco inteligibles.

Andrea acudió con una cucharada de la poción y le dijo:

— Papá, papá querido..., toma esto, te lo ruego... Es la curación... Tómalo...

El enfermo la miró con estupor... y después con espanto... Pero al ver que la joven insistía dulcemente, con una voz intencionadamente firme, entreabrió tímidamente los labios y obedeció.

Inmediatamente volvió á caer en las almohadas. La poción hacía su efecto. Pasó una hora de relativa calma, una hora de respiro... Pero de pronto, con la cara más arrebatada todavía y los ojos más alucinados, más locos, el herido se incorporó bruscamente...

(Continuará.)



El señor Reversay contenía el tronco todo lo que podía...

acaso pasajero y causado por la conmoción... Esa conmoción es precisamente la que puede ocasionar en el cerebro... ¡Ah! Señorita, quisiera celebrar una consulta...

— He enviado dos telegramas...
Y le nombró los dos doctores.
— Bueno; así estoy más tranquilo... Al menos mi responsabilidad...

Y ambos esperaron silenciosamente, él con visible alivio de su inquietud, y ella en una atroz agonia de desesperación y de angustia.

**

La consulta se verificó y fué poco tranquilizadora. No se podía prejuzgar nada. Había que esperar y prepararse á la lucha contra el enemigo formidable que iba á presentarse: la fiebre.

El punto capital, dijeron los médicos, era no dejar al enfermo entregado á sí mismo ni un instante;

(Continuará.)

APARATO CONFORMADOR DEL CUERPO

El señor G. Demeny, director que ha sido durante mucho tiempo del laboratorio del profesor Marey, viene dedicándose desde hace muchos años en París al estudio de los ejercicios corporales y á

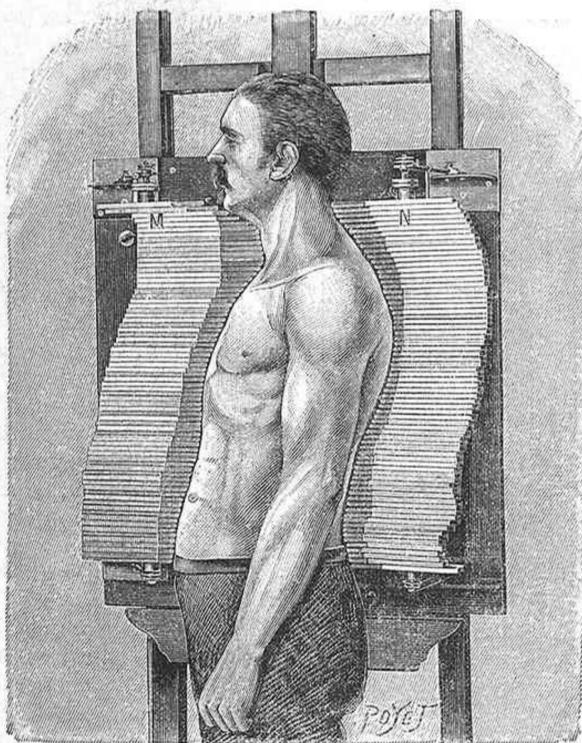


Fig. 1. - Conformador Demeny dispuesto para tomar la sección ó el perfil vertical del cuerpo

él se debe la reforma de los métodos de educación física en la universidad y en el ejército franceses y un gran número de obras muy estimadas sobre esta materia.

La preocupación del señor Demeny es apreciar en el hombre las modificaciones de estructura que son resultado de la práctica de los ejercicios del cuerpo y que constituyen el perfeccionamiento físico; y en la escuela del eminente fisiólogo Marey ha aprendido á evitar las discusiones ociosas y á buscar en la medida exacta los datos positivos para sentar los principios de sus doctrinas. Ya en 1888 comunicaba á la Academia de Ciencias de París una serie de aparatos de medición destinados á obtener la forma del cuerpo por medio de un trazado gráfico.

El toracómetro, el inscriptor de los perfiles, el raquígrafo eran utilizados en los hospitales y en los grandes gimnasios y aun los hemos visto en América, en los clubs atléticos en donde está muy de moda este género de observaciones.

Estos aparatos daban por medio de trazados continuos la forma del cuerpo, pero adolecían tal vez del defecto de ser de difícil construcción y, por consiguiente, caros. El señor Demeny ha construido recientemente un aparato de medición que se adapta á todos los casos y merece por esta razón el nombre de «Conformador universal.» Este aparato tiene por objeto tomar un molde de una parte del cuerpo, especialmente de la columna vertebral y del tórax, cuyas dimensiones y forma están en relación tan directa con la salud y la fuerza de la resistencia.

Las dificultades que ofrecen las mediciones de la columna vertebral para los médicos ortopedistas dependen á menudo del mucho tiempo que exigen: algunas veces, cuando no se dispone de ningún aparato, hay necesidad de proceder por puntos tomando sucesivamente las distintas prominencias del raquis por medio de un metro y de una plomada, y como es muy fácil que durante la operación se mueva el sujeto, la medida resulta en tal caso ilusoria. En cambio, con el «Conformador universal» la medida se toma de una vez y la conformación de una parte del cuerpo se obtiene por una especie de molde.

Una serie de fichas de madera M y N (fig. 1) se mueven alrededor de un eje que puede fijarse en una armazón cualquiera y hasta en la misma espalda del sujeto; se ponen las fichas en contacto inmediato con el cuerpo y luego se las inmoviliza por medio de unos tornillos en dirección del eje. Después se separa éste de la armazón y se traza en el papel el perfil sinuoso de las extremidades de las fichas que representan la forma del cuerpo. Las fichas pueden girar alrededor del eje y amoldarse de esta suerte á las sinuosidades de la columna vertebral desviada de los escolióticos. Dos dibujos sobre dos planos rectangulares bastarán para conservar el trazado de esas sinuosidades en el caso de una curva contrahecha.

El instrumento permite también conservar de la forma del raquis un documento tan exacto como un verdadero molde; para ello el señor Demeny se sirve de fichas de madera cubiertas de una ligera capa de cola secada, toma la medida y mojándolas en agua caliente las fichas se pegan y conservan su posición respectiva, constituyendo, después de secas, un bloque que representa exactamente el contorno que se desea.

Con dos aparatos colocados paralelamente uno á otro se obtiene la forma de la sección vertical del tronco ó los perfiles anteriores, posteriores y laterales del cuerpo. Para obtener la sección horizontal del tórax se emplean cuatro reglas con fichas, A, B, C, D (fig. 2), y se las dispone de modo que formen un marco en el cual se introduce el sujeto que ha de medirse.

El conformador vertical y el conformador horizontal pueden reunirse en una misma armazón y permiten tomar las secciones del cuerpo á toda altura. De esta manera puede el señor Demeny construir fácilmente, con los resultados que le da el aparato, verdaderos relieves del tronco en cartón y utilizarlos para la confección de los corsés normales ú ortopédicos y para el corte de los vestidos.

Otra aplicación del aparato, interesante desde el punto de vista médico, es la de permitir encontrar inmediatamente y sin cálculo un defecto de simetría del cuerpo, la diferencia de altura entre los dos hombros y entre las caderas y la flecha de las curvaturas de la columna vertebral.

El aparato se dobla sobre sí mismo, y como no presenta ninguna prominencia molesta, puede colocarse junto á la pared sin ocupar más sitio que un caballete de pintor, lo cual hace que sea sencillo y práctico.

G. MARESCHAL.

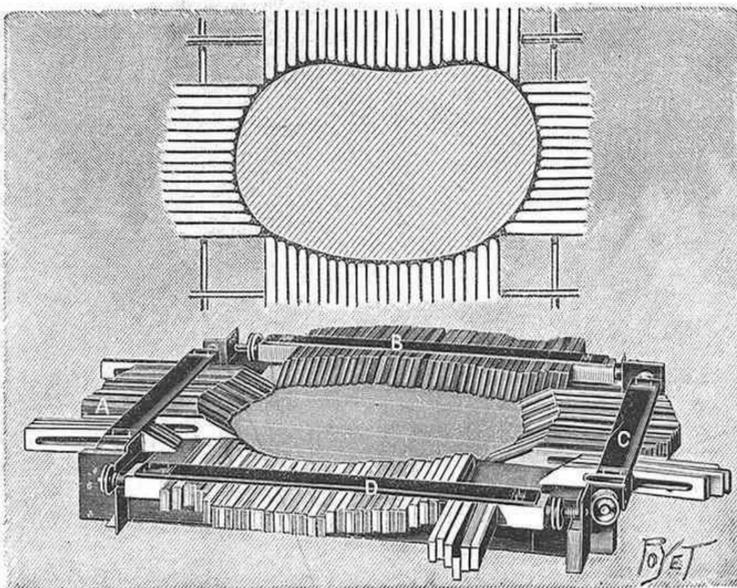


Fig. 2. - Conformador Demeny dispuesto para tomar la sección horizontal del pecho

PRECAUCIONES CONTRA LOS PELIGROS DE LA ELECTRICIDAD

Las corrientes de alta tensión presentan para los que las manipulan directamente ciertos peligros, de los cuales es fácil precaverse observando las siguientes reglas prácticas formuladas por el profesor Henry Mortos, en la última sesión de la Sociedad americana de luz eléctrica.

1.^a No se coja ningún hilo ni se toque ningún aparato eléctrico cuando los pies pisen directamente el suelo, ó el cuerpo esté en contacto directo, por un punto cualquiera, con objetos de hierro, tubos de agua ó de gas, construcciones de ladrillo ó mampostería, etc., á menos que las manos no estén preservadas por guantes de caucho ó que no se haga uso de herramientas aisladas que un electricista haya reconocido como buenas ó en buen estado de aislamiento. Si es imposible dejar de pisar el suelo durante el trabajo, es preciso emplear zapatos con suelas de caucho, y herramientas protegidas por un mango aislador.

2.^a Es necesario no tocar nunca un hilo eléctrico ó un aparato con las dos manos á la vez, siempre que esto sea posible, y si es indispensable emplear las dos manos, es preciso asegurarse previamente que no hay corriente en la línea y que las dos manos, ó por lo menos una de ellas, están protegidas por guantes de caucho.

3.^a Al tocar los hilos trátase cada uno de ellos como si condujese una corriente peligrosa y en ningún caso se han de poner en contacto inmediato dos ó más hilos á la vez.

4.^a No se corte nunca un hilo en servicio sin haberlo avisado previamente al director de la fábrica ó á cualquier otra persona encargada de la vigilancia de la canalización: solicítese que se interrumpa desde luego el circuito en la estación central y que no se cierre de nuevo este circuito hasta que esté completamente terminado el trabajo en la línea.

5.^a No se toque ninguna polea, dinamo ni aparato alguno colocado en la sala de máquinas sin conocer perfectamente la función del aparato y el modo de emplearse.

6.^a Las herramientas usadas por los obreros que trabajan en las líneas deben estar provistas de mangos aisladores de ebonita ó de cualquiera otra sustancia perfectamente aisladora. Es deber de todo obrero asegurarse de que sus herramientas estén en buen estado y cumplan las condiciones de aislamiento necesarias para su seguridad. En las líneas aéreas debe haber un intervalo de 50 centímetros por lo menos entre los soportes de los hilos dispuestos sobre los brazos horizontales de los postes, á fin de que un obrero pueda fácilmente llegar á la parte superior de este poste y trabajar allí sin peligro.

7.^a Los obreros encargados de la conservación de las lámparas de arco, antes de tocar en ellas, deben asegurarse que está abierta la comunicación que pone la lámpara dentro del circuito.

**

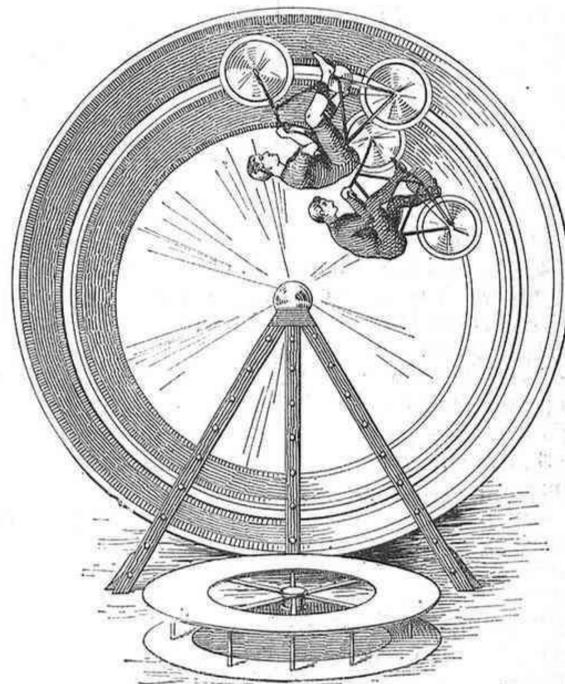
LA RUEDA DEL DIABLO

Con este título satánico el teatro del Moulin Rouge ha presentado recientemente al público parisiense un ejercicio acrobático nuevo en Europa, pero que ha producido gran sensación en América. Este ejercicio es otro derivado del «looping the

loop» y, como éste, está basado en el principio de la fuerza centrífuga; sin embargo, se ejecuta en condiciones que, á primera vista, parecen paradójicas y que causan en los espectadores una emoción más fuerte aún que la del paso de la «hebillas.»

He aquí en qué consiste este espectáculo: dos intrépidos ciclistas, Tom Butler y Cadwel, dan todas las noches varias vueltas consecutivas en dos grandes ruedas movibles; estas dos ruedas son completamente independientes una de otra, pero ambas están yuxtapuestas en un mismo eje de acero el cual descansa sobre un enorme sustentáculo colocado en la escena. La llanta de cada una de estas ruedas forma una verdadera pista que mide unos 14 metros de circunferencia por un metro de anchura. Cuando se levanta el telón, se ve la «rueda del diablo» que se destaca sobre un fondo negro brillantemente iluminada por una serie de lámparas eléctricas puestas en el sustentáculo del aparato; los

dos ciclistas entran en las ruedas y cada uno en su pista monta en su bicicleta provista de una fuerte multiplicación y se ponen á pedalear vigorosamente.



La rueda del diablo

Como las dos ruedas son movibles y están montadas sobre un juego de bolitas de suave movimiento,

giran en sentido inverso y la pista corre bajo los pies de los ciclistas, los cuales naturalmente permanecen en la parte inferior del aparato. Cuando las ruedas han adquirido una velocidad de rotación suficiente, el *starter* dispara un pistoletazo y los ciclistas se lanzan al asalto del círculo giratorio; para tomar el impulso necesario, cada uno de ellos aprieta su freno de manera que se paren las ruedas de su bicicleta, la cual es entonces arrastrada hacia atrás por el movimiento de rotación de las pistas; de esta manera los corredores dan una media vuelta al círculo, corriendo de espaldas, hasta el momento en que se encuentran casi con la cabeza abajo, mantenidos en lo alto de la rueda por la fuerza centrífuga. En aquel momento, sueltan el freno y se ponen de nuevo á pedalear, y aunque las pistas movibles siguen huyendo bajo sus pies, los ciclistas, arrastrados por la pendiente, descienden á toda velocidad por el camino que acaban de recorrer de espaldas. Al cabo de tres ó cuatro oscilaciones, el impulso adquirido es tan fuerte que, una vez llegados á la parte inferior de la rueda, los corredores vuelven á subir por el lado opuesto, y como siguen pedaleando, pueden efectuar no una sola vuelta de la rueda, sino hasta quince ó veinte consecutivas sin detenerse. La velocidad con que giran los dos ciclistas es tal, que los espectadores apenas los distinguen y sólo ven en el interior de las ruedas movibles dos rayas del color de los trajes que aqué-



En el yate, cuadro de Pablo Helleu

llos llevan. Esta velocidad es difícil de calcular; los anuncios dicen que equivale á 180 kilómetros por hora, pero esta cifra nos parece algo exagerada y no sabemos en qué se funda ni por qué medios ha podido ser calculada.

Como las dos ruedas son independientes, los dos ciclistas corren á distintas velocidades según su fuerza; al cabo de un rato, cosa de medio minuto, el *manager* proclama al vencedor de este match de un nuevo género, y una vez anunciado el resultado de la carrera, ciclistas y ayudantes se preparan á poner término al espectáculo. La parada es la fase más peligrosa de este ejercicio; para efectuarla, los corredores aprietan vigorosamente el freno de su bicicleta, al mismo tiempo que los ayudantes hacen accionar sobre las ruedas frenos poderosos que progresivamente detienen su movimiento de rotación. Después de algunas oscilaciones, los ciclistas pueden saltar fuera de la rueda y saludar al público que no les escatima sus aplausos.

La Prefectura de Policía había prohibido en un principio este espectáculo, pero al fin lo consintió después de imponer á los directores del teatro ciertas precauciones para evitar cualquier accidente.

¿Terminarán aquí las proezas de los ciclistas? No es probable, porque la emulación es el mejor acicate para el ingenio y sabido es que en estas cosas la novedad constituye el mayor atractivo.

W. DRANCOURT.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjense para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
 En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
 y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
 MEDALLAS ORO y PLATA.
 MARCA DE FABRICA REGISTRADA. **PARIS, 102, Rue Richelieu.**—Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTÁTICA
 Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

HARINA LACTEADA.
 Alimento completo para **NIÑOS y ANCIANOS.**
 Contiene la **Leche** pura de **Suiza.**

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS**
 no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el *Vino Aroud* (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
 Exigir la Firma **WLINSI**.
 DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — **PARIS, 31, Rue de Selne.**



Hojas secas, cuadro de J. Armet

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BUN BARRAL
 disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

CIGARROS FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Co
 St-Denis, 16

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
 CLIN Y COMAR, PARIS. — En todas las Farmacias. 654

AVISO A LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS 3 RES
JORET-HONOLLE
 CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPRESIONES DE LOS
MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

LA SAGRADA BIBLIA
 EDICIÓN ILUSTRADA
 a 10 centimos de peseta la
 entrega de 16 páginas
 Se envían prospectos a quien los solicite
 dirigiéndose a los Sres. Montaner y Simón, editores

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente a los Srs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. — Precio: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES de la PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffeteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN